EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

HERMENEGILDO,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1875

ADICION AL CATALOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1875.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
·iarta pregunta	1	D. F. Casella Pavía	Todo.
en su mismo soto	1	E. Prieto	
.o por uno	1	F. Tusquets y Moly de Baños	»
ta de sangre	1	S. Velazquez	»
cinco de Marzo en Zaragoza	1	Luis Blanc	»
El duende en palacio	1	J. Velazquez	»
El espejo de cuerpo entero	1	Diego Luque	»
El festin de Baltasar	1	J. Bergaño	»
El hijo de Don Damian	1	P. Escamilla	»
El templo de la inmortalidad, loa	1	Diego Luque	»
Me matará mi marido	1	R. Azantóro y A. Malló	»
Nobleza de amor	1	José Jackson Veyan	»
¡Ojo alerta!	1	E. Jackson Cortés	»
Ropa Blanca	1	R. Puente y Brañas	»
Una cana al aire	1	E. Jackson Cortés	»
Un consejero de estado	1	F. Lopez Valois	»
Un dia fatal	1	E. Prieto	»
Usted es mi padre	1	E. Jackson Cortés	»
¡Venganza noble!	1	Robustiano Trelles	»
Los corazones de oro	2	L. Mariano de Larra	»
Un lio entre dos castaños	2	Calixto Boldun	»
Á pesca de marido	3	José Marco	»
Cazar en terreno propio	3	Manuel Nogueras	»
El collar de esmeraldas	3	J. Aranáz	»
El maestro de hacer comedias	3	E. Perez Escrich	»
El vergonzoso en palacio	3	Calixto Boldun	»
En el puño de la espada	3	J. Echegaray	»
Hermenegildo	3	F. Sanchez de Castro	»
Moneda falsa	3	Coupigny y Barrera	»

Ribo — Prudencio
Bailenas — Sega

HERMENEGILDO.

HERMENEGILDO.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro del CIRCO la noche del 16 de Noviembre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
INGUNDA, Reina	SRTA. BOLDUN.
FLORENTINA, Religiosa	SRA. FENOQUIO.
HERMENEGILDO, Rey de Sevilla	SR. CALVO (D. Rafael).
LEOVIGILDO, Rey de Toledo	SR. JIMENEZ.
RECAREDO, Príncipe real	SR. CALVO (D. Ricardo).
PRUDENCIO, Conde de Córdoba	SR. VALENTIN.
VALERIO, noble católico	SR. PEÑA.
SISBERTO, capitan de Leovigildo	SR. ABBAD.
DUQUE AYON, general de Leovigildo.	SR. CAPILLA.
VITERICO, noble arriano	SR. FORNOZA.
SEGA, id	SR. CALVO (D. José).
SUNA, Obispo arriano	SR. LUNA.
ARGIMUNDO, noble arriano	SR. CALVO (D. Fernando).

Nobles, obispos arrianos, soldados arrianos y católicos, guardias, pueblo.

La escena en Sevilla en 584 y siguientes.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

El asunto de este drama es uno de los más interesantes de la historia de España, y no sé explicarme por qué no ha sido llevado hasta ahora al teatro. Yo, enamorado de su grandeza, no he vacilado en llevarle, creyendo que había en él bastantes elementos para una accion dramática interesante y conmovedora: el éxito de mi trabajo prueba que no me equivocaba, y que el pueblo español siente como yo sentía.

Para la composicion de mi obra, la historia me ofrecía, no sólo el martirio de un príncipe generoso, sino las figuras interesantes de una mujer amante y esforzada, que viene de lejanas tierras á dar su fe á su esposo y á sostenerle y alentarle; de un hermano en quien fructifica muy pronto la sangre del mártir, y de un Rey que, cruel y tirano hasta el parricidio, lucha y sufre largo tiempo para vencer la resistencia de su hijo.

Esto es lo que yo he presentado en accion, ateniéndome en lo posible á lo que la historia consigna. Mirando atentamente sus páginas, se descubre que la guerra entre Hermenegildo y su padre, fuè una guerra de resistencia justa por parte de los hispano-romanos, contra la tiranía arriana de los godos. Hermenegildo era Rey como lo era Leovigidio, por la aclamacion popular; y ningun derecho tenía la córte de Toledo para violentar la conciencia del príncipe, y para imponer el arrianismo á una comarca que era toda católica.

Para justificar la guerra por parte de Hermenegildo, bastaba haber hecho notar esto; pero yo he acumulado en todo el acto primero motivos de resistencia, para que no haya odiosidad ni culpa alguna en el protagonista, obligado á la guerra por su pueblo, para defenderle y defender á su venerable maestro y á su amadísima esposa. Los sucesos que pongo en accion, aunque

no sean rigorosamente históricos, los son virtualmente; pues dada la astucia de Leovigilo, es muy verosímil que quisiese apoderarse de San Leandro por malas artes, y más verosímil todavía que la nobleza arriana tramase la muerte de la esposa de Hermenegildo, contra quien su propia abuela, la inhumana Gosvinda, manifestó deseos de venganza cuando supo que había convertido á su esposo á la fe católica.

Yo supongo, ademas, que Hermenegildo, al decidirse á la guerra, cree que su padre no viene en persona á combatirle, cosa, por cierto, no infundada. En Alcalá de Guadaira se descubrió el año de 1669 una piedra que sirvió de dintel á un templo verosímilmente. En ella se leía una inscripcion que traducida dice así: «*En el nombre del Señor, y en el año segundo, en que felizmente reina nuestro Señor el Rey Ermenegildo, á quien persigue su padre el Señor Rey Liuvigildo, en la ciudad de Sevilla*, DVQI AIºNE.» (Se hizo esta obra... la que fuese.) Las palabras DVQI AIoNE han sido interpretadas con mucha variedad por los anticuarios, inclinándose los más á leer *Ducti Alone*, que traducen *llevado á Alicante*; lo cual es absurdo, si el padre estaba persiguiendo al hijo en la ciudad de Sevilla, como dice la inscripcion. Mi respetable amigo, el sabio académico D. Aureliano Fernandez Guerra, lée *Duci Aione*, y cree que es un barbarismo; interpretando que la persecucion ó guerra sobre Sevilla se hacía capitaneando los ejércitos de Leovigildo, el duque *Aion*; nombre de que ofrece ejemplo la crónica de Próspero de Aquitania en el Consulado de Ausonio y Olibrio. Aléngome al parecer del señor Fernandez Guerra, con tanta más razon, cuanto que nada se oponía á que fuese de pura inventiva en el drama el personaje de que se trata.

En lo demas, repito que he seguido la historia en lo posible, tomando de las crónicas Viclarense y Albedense, de la de San Gregorio de Tours y del relato de San Gregorio Magno, historiador del martirio de San Hermenegildo, lo que más convenía á mi plan. No encuentro justificado lo que dicen algunos historiadores de que Hermenegildo hiciese segunda y aun tercera guerra contra su padre; y en cuanto á su prision, me he atenido al Turonense, que la supone verificada en Oseto, si bien yo vario

de lugar, poniendo en un monasterio la escena que el historiador narra como sucedida en un templo.

En lo que se refiere á Ingunda, he podido tener plena libertad de accion, por cuanto los historiadores no están de acuerdo en lo que fué de esta nobilísima princesa durante la guerra; pues unos la suponen en Sevilla y otros en una ciudad dependiente del imperio griego, no faltando quien dice que no cayó en poder de los imperiales hasta despues del martirio de su esposo.

La conversion de Recaredo, aunque históricamente sea algo posterior á la época en que la supongo, cabe perfectamente en el drama, y es su verdadero y natural remate.

Finalmente, he adoptado el nombre moderno de Sevilla, y no el de *Hispal* ó *Hispalis*, por ser este poco poético, y porque la ciudad se decía *Ibilla* hace ya veinticuatro siglos, segun el testimonio de Hecateo de Mileto.

ACTO PRIMERO.

Salon romano-bizantino del palacio de Hermenegildo en Sevilla.—En el fondo una gran puerta abierta, detrás de la cual cruza una galería con ventana ó corredor abierto, que se supone da á la plaza, cuyas casas deben verse en último término.—Puertas laterales.—Muebles de la época.—Á la izquierda una mesa y un sillon.

ESCENA RRIMERA.

VITERICO, á poco SISBERTO.

VITER. (Viniendo del corredor. Con impaciencia.)
Cuánto tarda; y ocasion
como ahora no tendremos
de conferenciar; el príncipe
no ha venido: en su aposento
la princesa está...
(Baja hácia el proscenio y se vuelve.) mas álguien
llega... (Yendo hácia el fondo.)
él es: entra, Sisberto. (Sisberto entra.)
SISB. ¿Y el príncipe?
VITER. No ha venido
todavía; mas el pliego
que tú has traido, su esposa
le ha enviado y vendrá presto.
SISB. Entónces ven, que de graves

asuntos que hablar tenemos.

VITER. Mejor estamos aquí;
no despertamos recelos
de nadie, y conviene mucho
que no piensen...

SISB. Sí: y por cierto
que todos aquí me miran
con ansiedad y recelo.

VITER. Si se ha esparcido que eres
de la córte de Toledo
un emisario, estará
inquieto ya todo el pueblo.

SISB. Y al fin, ¿qué eres en palacio?

VITER. Prepósito-camarero
de los príncipes.

SISB. (Con viveza.) ¿Y aún
no ejecutas el proyecto
que te encomendó Gosvinda
nuestra Reina?

VITER. Obedeciendo
sus órdenes aquí vine;
la odiada ley de los siervos
fingiendo abrazar entré
en palacio; compañeros
tengo ya para ayudarme;
pero lograr el intento
de apoderarse de Ingunda
y conducirla á Toledo,
no es cosa fácil.

SISB. ¡Qué! ¿Temes?

VITER. ¿Temer yo? Me sobra esfuerzo
para intentar imposibles
contra los hispanos, viendo
que al nivel de nuestra raza
quieren alzarse altaneros
por ver á un príncipe godo
su ley abrazar; detesto
á la princesa por ser
causa de este daño, y quiero
entregarla al justo enojo
de Gosvinda: más no hay medios...
La princesa suele ir

con frecuencia al monasterio
de Florentina, la hermana
de Leandro, que no lejos
de Oseto está: alguna vez
yo la acompaño, y aun creo
que ha de haber más ocasiones;
mas ¿cómo cruzar el reino
con ella?

SISB. ¿Y eso te para?
La reina no tendrá empeño
en ver á su nieta, no:
lo que importa es que esté lejos
de Hermenegildo su esposo,
á quien sostiene en su yerro,
y... (Bajando la voz.) unas yerbas ó un puñal
consiguen pronto ese efecto...

VITER. (Gozoso.) ¿Cómo? ¿Y Leovigildo acaso
y Gosvinda tal intento
aprueban?

SISB. El Rey lo ignora;
la Reina, segun yo pienso,
lo ignora á medias no más;
pero Suna, Vildigerno,
Sega, Ayon, los nobles todos,
los prelados, todo el reino,
en justos enojos arde
contra Ingunda, el más funesto
enemigo de los godos;
y todos quieren que lejos
esté de aquí cuando empiece
la campaña.

VITER. (Pidiendo noticias.) Mas?...

SISB. Muy presto
á empezar va.

VITER. (Gozoso.) ¿Qué me dices?
¿Será verdad?

SISB. Sí... Yo vengo
precediendo en pocos dias
de Leovigildo al ejército.
El duque Ayon es el jefe
que le manda, y vendrá fiero
á los campos de la Bética

á Sevilla sorprendiendo.
En Córdoba ya ha quedado
tu valiente primo Téudio
encargado de rendir
por la astucia, en que es muy diestro,
la fortaleza del Bétis:
Y si á tener llega el éxito
de su empresa asegurado,
te lo avisará discreto
para que tú aquí apresures
de tu plan el cumplimiento.
Siendo aquella torre nuestra
de la ciudad somos dueños,
y hay que empezar sin tardanza
la guerra, y fácil vencerlos
será entónces en Sevilla.

VITER. Mas ¿no dijiste que el pliego
que á Leandro le llevabas
trata de paz?

SISB. Sí; mas veo
que olvidas que es nuestro Rey
tan hábil como guerrero:
y viendo que Hermenegildo
se resiste á ir á Toledo,
á atacarle se resuelve,
y sin duda un escarmiento
terrible hará en los hispanos;
pero ántes quiere discreto
de aquí sacar á Leandro,
alma y sosten de este reino.

VITER. (Ansioso.) Y Leandro... ¿qué te ha dicho?

SISB. En cuanto leyó el acuerdo
del Rey, que yo le entregué,
de congregar en Toledo
un concilio de prelados
de ambas creencias, dispuesto
él á defender la suya
y á evitar el rompimiento
que cree seguro, convino
en la marcha.

VITER. Por supuesto
que la asamblea será

para Leandro un encierro.
SISB. ¿Merece ménos acaso?
VITER. (Gozoso.) ¡Oh! Todo nos va saliendo
entónces como anhelamos.
SISB. Una sola cosa temo.
VITER. ¿Cuál?
SISB. Que por yo haber estado
con tenaz fiebre en el lecho
en Córdoba detenido,
puedan pensar en Toledo
que ni se marcha Leandro
ni tú logras tus intentos;
y entónces, ya decididos
á la guerra, algun suceso
ocurrir podrá que alarme
á Sevilla. Mas yo espero
que no dejarás burlado
nuestro principal deseo.
La princesa... (Con saña.)
VITER. (Mirando hácia la izquierda.) Calla... es ella...
SISB. Pues me marcho: no me alejo
de la plaza... Viterico... (Apretándole la mano.)
sigilo y valor... (Váse por la derecha.)

ESCENA II.

INGUNDA y VITERICO.

VITER. (Ap.) (Yo tiemblo
y mi turbacion la Reina
va á conocer.)
INGUNDA. (Saliendo.) Me impaciento
de la tardanza del Rey.
¿No se hallaría en Oseto?
VITER. Sin duda que sí.
INGUNDA. ¿Y tampoco
ha vuelto aquí el mensajero
de Leovigildo?
VITER. Sí; espera
á mi señor, y al momento
que llegue, vendrá sus órdenes
á recibir.

INGUNDA. (Acercándose á la puerta del fondo.) Aquí veo
venir á mi esposo ya. (Sale á recibirle.)

VITER. (Yéndose por la derecha.)
(Ap.) (No sé por qué, pero tiemblo.) (Váse.)

ESCENA III.

INGUNDA, HERMENEGILDO.

INGUNDA. ¡Con cuánto afan te esperaba!
¿Á tus manos ha llegado
un pliego que te he enviado
de tu padre?

HERMEN. (Con gozo.) Sí; anhelaba
volar á decirte á tí
que al fin mi padre me envía
un mensaje de alegría
y de esperanza: mas ví
á Leandro y con él he hablado
del suceso.

INGUNDA. (Gozosa en extremo.) ¿Y quiere paz
tu padre?

HERMEN. Sí, ya de faz
todo en Toledo ha cambiado.
Gózate, bien de mi vida;
tras de los dias de pena
viene la calma serena
y la dicha apetecida.

INGUNDA. (Gozosa.) ¡Dios mio!

HERMEN. ¡Qué variacion
hay en mi padre!... Se aviene
á que yo no vaya, y tiene
sólo deseos de union;
y queriendo concertar
de la fe las diferencias,
prelados de ambas creencias
ha dispuesto congregar.
Yo espero que los concierte
Leandro, que hoy á salir
se dispone.

INGUNDA. ¿Va á partir
á Toledo?

HERMEN. De esa suerte
vendrá pronto el fausto dia
en que esta discordia fiera
cese. ¡Qué dichoso fuera
entónces, esposa mia!...

INGUNDA. (Rebosando de alegría.)
¡Oh! Tal dicha á mí me augura
lo que dices, tal placer,
que apenas puedo creer
en tan colmada ventura.

HERMEN. No hables de dicha: hasta hoy
sólo pesares hallaste
desde que á España llegaste.

INGUNDA. ¡Si vieras qué feliz soy!...
Oh! ¿quién lo es cual yo? ¿qué bien
me falta?... Sí, sólo anhelo
la paz, y si no es el cielo
esta dicha es el eden.

HERMEN. ¡Bien mio!

INGUNDA. (Con creciente alegría y viveza.)
Sí; que aunque ví
entre los francos el sol,
un corazon español
de mi madre recibí. (1)
¡Con qué gozo embebecida
desde niña la escuchaba
las glorias que me contaba
de esta su patria querida!
¡Cuántas veces el anhelo
sentí de cruzar los montes
por ver estos horizontes
y estos campos y este cielo!
Y triste por no poder
lograrlo, exclamaba ansiosa:

---

(1) Ingunda era hija de Sigeberto, Rey de Metz y de Bruuequilda, princesa goda, hija de Atanagildo y de Gosvinda; Gosvinda casó en segundas nupcias con Leovigildo; de modo que era madrastra de Hermenegildo y abuela de Ingunda.

¡qué hermosa, madre, qué hermosa
tu España debe de ser!...
Una vez, sin que yo viera
la oculta amorosa traza,
«si un príncipe de mi raza
por esposa te pidiera,»
—me dijo—«¿con alegría
fueras á mi patria?»—¡Oh,
madre, no sé decir yo
cuánta mi dicha sería!—
«Pues parte: el Rey Leovigildo,
de fama ilustre y gloriosa,
hoy te pide para esposa
del príncipe Hermenegildo.»
Suspensa quedé al herir
tales palabras mi oido;
mas de un gozo no sentido
sentí mi pecho latir:
que si no te conocía,
tus juveniles acciones
en lid contra los vascones
y los romanos sabía.
Despues triste me quedé,
y mi madre sorprendida
me dijo: «¿estás afligida?»
—Madre, no tiene mi fe.—
«Pues vé á dársela tú, sí,
y ennoblece al reino todo
llevando á un príncipe godo
la luz que yo he visto aquí; (1)
sé tú el ángel redentor
de ese imperio esclarecido,
y salva á un pueblo oprimido
dando su fe al opresor.»
Ya no dudé: á la influencia
de tan dulce pensamiento,
juré desde aquel momento
consagrarte mi existencia;

(1) Brunequilda era arriana, como toda su raza, y se convirtió al catolicismo en las Galias.

y vine, y te ví, y te amé,
y admirando tu alma hermosa,
por mi fe sufrí gozosa
y ser dichosa esperé.
Hora, mi ardiente deseo
logrado en tu alma querida,
¿qué falta, si es tan cumplida
mi dicha que aun no la creo?
Sí, sí; en un alma los dos,
nada quiero, nada ansío,
que tu corazon es mio
y mi Dios es ya tu Dios.

HERMEN. Oh! Ven; que el alma rebosa
al oirte de contento.
¿En qué dichoso momento
quise que fueras mi esposa?
Pero no fuí yo, Dios fué
el que te unió á mi destino
para alumbrar mi camino
con la antorcha de tu fe.
Mi anhelo sólo atendió
á que la fama ensalzaba
tu hermosura, y celebraba
á la que vida te dió (1);
Y al verte caí de hinojos
ante tus gracias rendido,
y sentí el pecho encendido
por la llama de tus ojos.
Mas luégo en el sin igual
encanto del rostro bello,
ví sólo un débil destello
de tu virtud celestial.
Ví que si niña viniste
á una córte en que era odiada
tu fe, por ella esforzada
los halagos resististe.
Y que al usar el rigor

(1) Brunequilda, segun las Crónicas de la época, era extraordinariamente hermosa.

aquella mujer impía,
más resplandecer hacía
de tu constancia el valor. (Breve pausa.) (2)
¿Cómo, cómo no caer
vencido por tal portento?
No sé qué hablaba en tu acento,
qué palpitaba en tu ser;
no sé qué fulgor fecundo
de tu frente se irradiaba,
mas mi espíritu elevaba
á grandezas de otro mundo;
y tan dulce encanto había
en tus palabras de cielo,
que disiparon el velo
del error que me cubría.
Oh, Ingunda! ¿Qué temeré
si es ya tu fe mi tesoro
y tu amor el bien que adoro
y estos no los perderé?
Sí, desecha la afliccion;
para estos bienes quitarme
tienen ántes que dejarme
sin alma y sin corazon.

INGUNDA. (Muy gozosa.)
¿Es posible que ya esté
tan firme en tí mi creencia?

HERMEN. Oh! sí; ántes la existencia
gustoso perder sabré.
(Con tono misterioso.)
Hoy un ensueño he tenido
que esa muerte me anunciaba;
y tan dichoso me hallaba
que el despertar triste ha sido.

INGUNDA. (Con inquietud.) ¿Qué dices?

HERMEN. Que no te vea

---

(2) Gosvinda maltrató mucho á Ingunda en Toledo, procurando quitarla la fé, y llegó á arrojarla á un estanque y á arrastrarla por los cabellos y bañarla en sangre, segun afirma *El Turonense*.

yo por un sueño inquietarte;
mal hice de ello en hablarte.

INGUNDA. Oh! no; que un sueño aunque sea
triste no me inquieta: dime,
¿qué ha sido?

HERMEN. (Con naturalidad.) Fija la mente
en que la sangre inocente
de los mártires redime;
á Dios alzaba mi ruego,
porque al hispano librase
de la opresion y salvase
á mi pueblo que está ciego.
Así dormido quedé;
y sin ver quién las decía
como en celeste armonía
estas frases escuché: (Con expresion.)
«Hermenegildo; á los godos
Dios compasivo ha mirado,
y un mártir ha designado
por la salvacion de todos.
Á tu pueblo salvarás,
tú, que redimirle quieres;
su primer creyente eres
y ese mártir tú serás.»

INGUNDA. (Estremecida, ap.)
(Dios mio!)

HERMEN. Entónces alcé
mis ojos, y en luces puras
las espléndidas figuras
de ese porvenir miré.
Tras larga prision moría;
mas mi sangre derramada
como lluvia regalada
sobre mi pueblo caía.
Recaredo al recibir
ese rocío en su frente,
vió la verdad refulgente
ante sus ojos lucir;
y despues los nobles godos,
mi padre, los cortesanos,
el dogma de los hispanos
con él abrazaron todos:

y surgiendo un nuevo sol
al que todos saludaron,
á ser un pueblo empezaron
el godo y el español.
¡Qué hermoso sueño!... ¿verdad?

INGUNDA. (Triste.) (¡Dios mio!)

HERMEN. ¿Qué? ¿Te entristece?

INGUNDA. No sé; pero... (Ap.) (Me parece
ver su clara realidad
y que es anuncio del cielo.)

HERMEN. Y ¿qué te sorprende?... Dí.

INGUNDA. Ah! No sé; tiemblo por tí.

HERMEN. Tú has hecho volar mi anhelo
tan alto; sí; la influencia
de tu admirable bondad,
de Leandro la santidad
y de Isidoro la ciencia,
mi pensamiento conducen
á tan hermosas regiones,
y esas celestes visiones
en mis ensueños producen.
Mas por mí no temas nada.

INGUNDA. (Temerosa.) Tu padre... ¿la paz querrá
como dices?

HERMEN. Cede ya,
sí; pero estás agitada...
Dí, ¿qué tienes, dueño mio?

INGUNDA. (Como hablando consigo.)
¡Tu padre!...

HERMEN. Ya llegó á ver
que para amar y creer
tengo libre el albedrío,
no lo dudes.

INGUNDA. (Ap.) (¡Ah!)

ESCENA IV.

DICHOS y PRUDENCIO.

PRUD. (Entrando.) ¡Señor?

HERMEN. Prudencio... (Un poco sorprendido.)

PRUD. (Con viveza.) Vengo á deciros

que en la inquietud en que vive
Sevilla, quizá en peligro
nos hallamos de un tumulto.

HERMEN. (Inquieto.) ¿Pues qué pasa?

PRUD. Fugitivos
de Mérida, hermanos nuestros
numerosos han venido,
que á ampararse de tí llegan
buscando en tu reino asilo.
De la ciudad arrojados
por el fiero Suna han sido,
que entrando al frente de tropas
como usurpador inícuo,
ha arrojado de su silla
á Masona, al santo obispo,
poniéndose en su lugar [1].

HERMEN. (Con ira y sorpresa.)
¿Y tolerarlo ha podido
mi padre?

PRUD. La soldadesca
hasta en ancianos y niños
ha cometido crueldades
horribles, y en su suplicio
nuestros hermanos de Mérida
en tí esperan, decididos
á aclamarte su monarca.

HERMEN. Eso, jamás consentirlo
podré; que no he de usurpar
á mi padre sus dominios.

PRUD. Pero Mérida padece
por su fe duro martirio,
y su libertad aspira
á rescatar... Mas te he dicho
que si esto al pueblo trasciende
se alarmará, convencido
de que el poder arriano
en el momento propicio
á sus planes, ha de ser
con nosotros más impío

(1) Suceso histórico referido por Paulo Diacono.

y tirano, que es ahora
con sus pueblos sometidos.
Pero el tumulto evitemos;
que si al fiero despotismo
resistir como Rey debes,
precipitarte es delito.

HERMEN. (Con duda y pena.)
Mi padre quiere la paz.

PRUD. Eso nunca lo he creido,
y viendo lo que ha pasado
en Mérida, ménos fio.
Y ahora más ira tendrá
porque no hemos consentido
que á Toledo fueras.

INGUNDA. (Con viveza.) Eso
nunca, que el furor impío
de la Reina me da espanto.
Si con tan terrible ahinco
y rigores tan crueles
mi ley arrancarme quiso
y soy hija de su hija,
¿qué hará, no siendo su hijo,
porque el Rey arranque fiero
esa ley á Hermenegildo?

PRUD. (Á ella.) Sí, dices bien.
(Á Hermenegildo.) Mas ¿qué hacemos
ahora, señor? El peligro
que te he anunciado me asusta.

HERMEN. (Triste y pensativo.)
¿Dónde están los fugitivos?

PRUD. Á la casa de Leandro
iban, mas él ha salido.

HERMEN. Anda á decirles que aquí
vengan, y guardad sigilo
para que estas tristes nuevas
no lleguen del pueblo á oidos.
Y tú al gobierno de Córdoba
no vuelves; te necesito
aquí; mandaré á Valerio.

PRUD. Busco en todo tu servicio. (Váse.)

ESCENA V.

HERMENEGILDO é INGUNDA.

HERMEN. (Agitado.)
Oh! Qué no habrá que temer
de los fieros arrianos?
INGUNDA. (Angustiada.) Mis temores no eran vanos;
tu padre quiere emprender
la guerra.
HERMEN. (No queriendo creer la verdad que ve.)
¿Qué dices?
INGUNDA. (Con viveza.) Sí;
no lo dudes; arrancarte
quiere á Leandro, y dejarte
solo con tu esposa aquí;
para que viéndole fiero
venir contra tí, reniegues
cobarde, ó á él te entregues
temeroso.
HERMEN. (Viendo la verdad.) No; no quiero
de mi padre así pensar.
INGUNDA. (Agitada.) Con guerra te amenazó;
si ya de traza cambió
es para mejor lograr
sus intentos... si á partir
iba Leandro, llamarle
es preciso y no dejarle
de tus dominíos salir.
Es nuestro bien, nuestro guía,
por eso se le aborrece
en Toledo, y me parece
que alguna celada impía
le tienden.
HERMEN. Es deudo amado
del Rey.
INGUNDA. (Resueltamente.) Aunque él libre bien,
es privarnos de sosten
quitarle de nuestro lado.
Ya ves Masona...
HERMEN. Dudar

me haces.

INGUNDA. (Como disponiéndose á llamar.)
Que venga.

HERMEN. Ahora no
le hallarán, porque debió
al monasterio marchar
de Florentina.

INGUNDA. (Cada vez más vivamente.)
Que estén
juntos los dos es mejor,
pues su consejo y favor
ella nos dará tambien.

HERMEN. Mas el pueblo estaba inquieto
sólo porque el emisario
vino, y ahora es necesario
no alarmarle.

INGUNDA. Yo iré á Oseto:
nadie extraño lo verá
ni sabrá nuestro temor.

HERMEN. Dices bien. ¡Hola! (Llamando.)

VITER. (Apareciendo.) ¡Señor!

HERMEN. Á salir la Reina va:
que preparen su litera;
y á Oseto en su compañía
irás tú.

VITER. (Retirándose, ap.) (¿Quién pensaría
que en mis manos la pusiera
hoy mismo?)

HERMEN. (Á Ingunda.) Tú mi sosten
eres, y sin tí me quedo
sin luz: ¿querrán en Toledo
privarme de tí tambien?

INGUNDA. (Saliendo de escena.)
¡Tiranos! ¡Oh! Pero... no,
no he de apartarme de tí.

HERMEN. Ni te arrancarán de mí
mientras tenga aliento yo.

ESCENA VI.

HERMENEGILDO.

(Queda un instante pensativo y luégo dice con amargura.)

Sí; dice Ingunda bien; no se propone
mí padre la concordia, pues destierra
á Masona: sí, sí; ya á hacerme guerra
cumpliendo su amenaza se dispone.
¿Y qué he de hacer, Señor? ¡angustia horrible!
¡Luchar contra mi padre! Me da espanto
sólo pensarlo!... ¡Oh Dios! ¿Será posible
que el encono á mi fe le mueva tanto?
No, padre, no; la guerra tú no quieres
contra tu hijo... tu alma no desea
la opresion; el tirano tú no eres,
sino la córte vil que te rodea. (Breve pausa.)
Sé á sus ojos cuál es mi culpa toda.
Al abrazar la ley del pobre hispano,
de la raza cautiva me hice hermano
cuando príncipe soy de sangre goda.
Y ¿qué? ¿De la verdad á los fulgores
he de cerrar los ojos? ¡Fementidos!...
Oh! no; y si sois vosotros opresores
amparo en mí tendrán los oprimidos.
Viendo el bien y la luz el alma mia
y siendo cual soy rey, menguado fuera
si vuestra ciega y torpe tiranía
cobarde ó complaciente consintiera...
(Con ardor en tono suplicante.)
¡Padre! ¡Padre! No quieras mi albedrío
quebrantar... Soy tu hijo; mas no puedo
en orfandad dejar al pueblo mio.
Y ni un servil amor ni el torpe miedo
mi fe harán desmayar... Con alegría
ántes que mancillar mi nombre puro
siendo á mi pueblo y á mi Dios perjuro,
la sangre que me diste te daría!...
(Se vuelve al fondo y acercándose á la galería
dice, oyendo rumores dentro de palacio.)

Mas ¿qué rumor es ese? (Se acerca al balcon.)
El pueblo inquieto
va ya llenando la anchurosa plaza
y... (Entran Valerio y nobles.)

ESCENA VII.

HERMENEGILDO, VALERIO y algunos NOBLES.

HERMEN. (Sorprendido.)
¿Dónde vais?... ¿Aquí con tal premura [sa?..
qué os mueve á penetrar?... Qué es lo que pa-
VALERIO. Señor, de tu bondad que nos perdones
y nos atiendas esperamos.
HERMEN. Habla,
Valerio. ¿Qué quereis?
VALERIO. Á tí recurre
por nosotros tu pueblo que te ama.
En toda la ciudad, señor, había
inquietud y temor por la llegada
del emisario de tu padre, todos
recordando las fieras amenazas
que siempre estos mensajes te han traido,
cuando, extendiendo por do quier la alarma,
propagóse el rumor de que á Toledo
iba á partir Leandro, y fué su casa
cercada por el pueblo sevillano,
que ve en él su consuelo y su esperanza,
y que impedir pretende por la fuerza
esta partida.
HERMEN. Si Leandro marcha
no es que amenacen riesgos á mi pueblo;
á defender irá nuestra fe santa.
VALERIO. Sevilla no lo sabe, y ántes juzga
que con odioso fraude nos le arrancan;
y ha crecido la alarma con la nueva
de que Masona en Mérida asaltada
su silla ha visto por el fiero Suna
sufriendo la ciudad su horrible saña.
HERMEN. ¿Y qué quereis de mí?
VALERIO. Que no consientas

que de Sevilla nuestro padre salga,
y que cauto el peligro previniendo,
llames á tus valientes á las armas.

HERMEN. (Irritado.) ¿Quién tal osó decir? Ten esa lengua
ántes que te la siegue en la garganta.
¿Contra mi padre yo rebelde alzarme?...

VALERIO. Señor, con prevenirte no le agravias.
Tú eres Rey como Rey es Leovigildo:
al ver que esta region inquieta estaba
por la propuesta de tu mismo padre,
la aprobacion del pueblo soberana
rey te aclamó de Bética, y ahora
su ley los godos quieren arrancarla.
No pedimos nosotros que á la guerra
te lances como puedas evitarla,
ni que áun viendo la lucha inevitable
desnudes el primero tú la espada:
mas es justo que el reino se prepare
puesto que há tiempo vemos la amenaza:
es ese tu deber, señor; perdona
que lo declare así mi lengua franca;
y si es tu padre el que á tu reino atenta
en defenderle como rey no faltas;
ántes faltáras si al amor de hijo
tu pueblo y tu deber sacrificáras.

HERMEN. ¿Y quién las intenciones de mi padre
osa juzgar con tan culpable audacia?...
¿En dónde pruebas hay?

ESCENA VIII.

DICHOS y PRUDENCIO.

PRUD. (Entrando precipitadamente con un pergamino en la mano, dice con ansiedad y vehemencia.)
Señor, al punto
el santo grito de defensa lanza.
(Movimiento en Valerio y nobles.)

HERMEN. (Sorprendido.)
¿Cómo? ¿Qué dices?... ¡Tú me pides guerra!

PRUD. No es posible, señor, el dilatarla.

Contrario fuí á la lucha y que cediese
la córte de Toledo aún esperaba;
ya lo sabes, señor; mas de tu pueblo
hora fuí yo quien aumentó la alarma,
leyéndole este pliego, que con Floro,
mi Vicario de Córdoba me manda.

HERMEN. ¿Qué dice?
(Tomando el pliego.)

PRUD. Que allí el pueblo ansioso pide
(Con creciente ardor: los nobles muestran su ira é impaciencia al oir lo que Prudencio dice.)
que al punto recurramos á las armas.
Un espía arriano, ya al soborno
ha intentado rendir las fieles guardias
de la torre del Bétis: sometido
á las pruebas más rígidas, declara
que al saberse en Toledo que no ibas
por oponerse el reino, fué acordada
la guerra sin piedad; que el Rey tu padre,
por ser contra su hijo vacilaba,
y al fin se decidió que él en la córte
permanezca y no venga á la campaña.
El duque Ayon con sus legiones viene
ardiendo en ira y rencorosas ansias,
á talar nuestros campos y ciudades
y á derribar nuestras queridas aras;
Y segun un aviso que á un infame
de tu córte el espía le mandaba,
tener ántes intentan á tu esposa,
objeto principal de sus venganzas.

HERMEN. (Con vehemencia y como sin querer creerlo.)
¡Oh! Calla; no prosigas, que crueles
mi corazon destrozan tus palabras...
¡Oh! ¿Será esto verdad?... Ó ¿es que altanero
el descontento hispano guerra clama?...

PRUD. El hispano, señor, sumiso vive
siervo infeliz de tu terrible raza:
tú has tomado su ley, en tí por eso
tiene su dulce amparo y confianza;
mas por eso tambien los opresores
sienten hácia tu fe sangrienta saña,
temiendo que el esclavo al fin respire

aura de libertad y de esperanza...
¿Qué resuelves, señor?...

HERMEN. Si urge el peligro,
yo iré á Toledo á defender mi causa.
(Movimiento de alarma en todos.)

PRUD. ¿Á Toledo, señor?... ¿Qué es lo que dices?

HERMEN. Sí, á Toledo.

VALERIO. (Arrodillándose.) Mírame á tus plantas:
no, tú no puedes exponer tu vida
y abandonar al pueblo que te ama.
(Levantándose.)
¿Consentireis que nuestro Rey se aparte
de nosotros?

VOCES. ¡No, no!... ¡Viva el Rey!...

HERMEN. (Conmovido.) ¡Basta!
Que el triste pecho resistir no puede
la lucha ardiente de emociones tantas.
¡Dejadme, yo os lo ruego!...
(Se sienta abatido en el sillon.)

PRUD. Considera
que el riesgo es grande y la defensa santa;
y que tu padre á combatir no viene,
y al duque Ayon contra nosotros manda.

HERMEN. Quizá el riesgo no es tanto; mas dejadme,
que necesito de serena calma
para sólo ante Dios y mi conciencia
considerar lo que el deber me manda.

PRUD. Permite tú entre tanto que á la Reina
llevemos el ardor de nuestras ansias,
porque interponga el poderoso influjo
de sus amantes ruegos á tus plantas.

HERMEN. No está en palacio: al monasterio há poco
salió de Viterico acompañada.

PRUD. ¿De Viterico? (Con inquietud.)

HERMEN. Sí.

PRUD. (Á los nobles.) Corramos todos
de un peligro tal vez á libertarla.
(Hermenegildo se levanta al oir esto.)
Mas ¡ay! de Viterico, si le han visto
los que oyeron de mí que infiel estaba
siendo del vil Ayon y de Gosvinda
el infame instrumento en este alcázar.

(Disponiéndose á salir.)

HERMEN. Oh! ¿Qué quieres decir?...

PRUD. (Saliendo.) Mira ese pliego.

(Sale Prudencio.)

HERMEN. ¿Qué auguran sus fatídicas palabras?...
¿Corre riesgo la Reina?... (Mira el pliego.)
¡Cielo santo!...
No; no quiero pensar tan negra infamia;
mas si á mi esposa la perfidia atenta,
teman de Hermenegildo la venganza.

VALERIO. Vamos.

(Al ir todos á dirigirse al fondo, se oye inmenso rumor de pueblo en la plaza. Se detiene un instante y se oye gritar.)

VOCES CLAMOROSAS. (Dentro.)
¡Viva la Reina! ¡Viva! ¡Viva!
¡Abajo los traidores! ¡Mueran!...

PRUD. (Volviendo.) Brava
la muchedumbre grita, y á la Reina
aquí conduce en triunfo alborotada.

VOCES. (Más cerca.)
¡Abajo los traidores! ¡Guerra! ¡Guerra!
¡Vivan los Reyes! ¡Vívan!...

PRUD. (En el fondo.) ¡Pueblo, basta!

ESCENA IX.

DICHOS, INGUNDA, PUEBLO.

El escenario se llena de pueblo de todas clases y condiciones, dando muestra de gran agitacion.—Ingunda viene entre la muchedumbre y se dirige ansiosa á Hermenegildo, que va á su encuentro.

HERMEN. ¿Qué es esto?

INGUNDA. (Llegando á él.) No lo sé; sé que el asombro,
la inquietud y el terror llenan mi alma.

HERMEN. Mas ¿por qué estás aquí?

INGUNDA. (Con agitacion.) Á Oseto iba
sólo de Viterico acompañada,
y el pueblo que en las calles hoy se agolpa
me saluda con vivas entusiastas.
Un grupo que á la casa de Leandro

en hirviente tropel se encaminaba,
gritó: «¡Muera el traidor!» y Viterico
huye y me deja sola: yo, asombrada,
vuelvo la vista, y los del grupo entónces
á la carrera rápidos alcanzan
al fugitivo, y con feroces gritos
en su sangre teñido á mí le arrastran:
muda de espanto, cuando yo tal crímen
iba á execrar, el moribundo exclama:
«Perdon, señora, mi traicion expío;
hoy por mí debíais ser asesinada...
(Movimiento general de horror en los circunstantes.)
Temed de Ayon á las terribles huestes
que á guerra de esterminio se preparan.»

HERMEN. (Con asombro, espanto y dolor.)
(Ap.) (¡Oh!)

INGUNDA. Más no ví ni oí: el pueblo entónces
á mi litera rápido se lanza,
y entre gritos ardientes de entusiasmo
me conduce por calles y por plazas.
Crece aquella tormenta cada instante
hasta las puertas mismas de tu alcázar,
y á tu esposa conducen á tus brazos
del pueblo las ruguientes oleadas,
como á leño en el mar embravecido
llevan las olas á la dulce playa.

HERMEN. (Aterrado y como implorando el socorro del cielo.)
¡¡Dios mio!!.. ¡Oh!... ¡Dios mio!...

VALERIO. (Á Hermenegildo.) ¿Todavía
vacilas?

HERMEN. (Con voz terrible y acento de dolor.)
¡Sevillanos!... ¡á las armas!!...

VOCES. (Clamorosas.)
¡Viva el Rey! ¡Viva el Rey!...

HERMEN. No, ya no dudo...
¡Á las armas!... El pueblo que en mí fía
debe encontrar en mi valor escudo
contra la audaz y fiera tiranía.
Si ante esta gran desdicha, triste pudo
vuestro Rey vacilar, ya llegó el dia
en que á la faz del cielo y de la tierra

despliegue el estandarte de la guerra.
Aun en justa defensa, yo el primero
contra mi padre ir, fuera mancilla;
mas si Ayon sus soldados mueve fiero,
rechácenle los muros de Sevilla;
á mi pueblo querido salvar quiero
de las terribles huestes que acaudilla,
y si á mi esposa tienden viles lazos,
que vengan á arrancarla de mis brazos.
(Abrazándola.)
No soy hijo rebelde, si pretendo
resistir la invasion y la violencia;
como hombre y Rey mi libertad defiendo
y de mi pueblo fiel la independencia...
(Mirando al cielo.)
Si te place impedir el choque horrendo.
mira, Señor, al pueblo con clemencia,
y por su libertad apetecida
si te basta, Señor, toma mi vida.

VOCES. (Entusiastas.)
¡Viva el Rey!...

VALERIO. (Gozoso al pueblo.)
Al combate apercibidos
Ayon nos hallará como anhelamos.

PRUD. (Al pueblo.)
Jurad por nuestros príncipes queridos
luchar hasta morir.

VOCES. (Ardorosas.) ¡Sí! ¡lo juramos!

HERMEN. ¡Y yo os juro que aquí luchando unidos
por la oprimida ley que profesamos,
daré á mi pueblo libertad y gloria
alcanzando el martirio ó la victoria!
(Rumores y movimiento de entusiasmo en el pueblo.—Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Patio del monasterio de Florentina, junto á Oseto.—En el fondo una puerta cerrada, y á la derecha una ventana con reja.—Á la izquierda la entrada al monasterio.—Es el amanecer.

ESCENA PRIMERA.

INGUNDA y FLORENTINA.

FLOR. (Sale del monasterio y se dirige á Ingunda que, en traje severo y modesto, está á la ventana dando muestras de inquietud.)
¿Dónde vas cuando del dia
apenas luce el albor?...

INGUNDA. Madre, no da á mi dolor
tregua la noche sombría.
Y he distinguido á lo lejos
entre las sombras, fulgores
que por sus rojos colores
de un incendio los reflejos
me parecen. Ved cuál brilla
la llama y creciendo va.
¡Dios mio! ¿Qué pasará
en este instante en Sevilla?

FLOR. No, hija mia; esa creciente
(Acercándose á la ventana.)

claridad que estás mirando,
es del alba que dorando
viene el cielo por Oriente;
sin causa mal no presumas.

INGUNDA. Pues qué, ¿no es humo esa inmensa
extension de niebla densa?

FLOR. No; son del Bétis las brumas.
Y el riesgo del sevillano
¿por qué solo has de creer?
Si hay llamas, ¿no pueden ser
del campamento arriano?

INGUNDA. Florentina, no hay reposo
para mi amarga tortura;
que bien conozco que apura
el peligro de mi esposo.
Cobardes y desleales
al arriano se unieron
los suevos, y le vendieron
por oro los imperiales.
Vuestro hermano la alianza
del bizantino no obtiene;
no, mi esposo ya no tiene
de la victoria esperanza.
Hace un año que con brío
defiende al pueblo sitiado;
pero ya el godo ha logrado
torcer el curso del rio,
y sin socorro ni ayuda
Sevilla sucumbirá.

FLOR. ¡Dios sabe lo que será!

INGUNDA. ¡Oh! Sí, sí; no tengais duda.
Si al ménos pronto de mí
pudiese nuevas tener...
Porque, ¿cómo ha de creer
que con vos estoy aquí?
Quiso en prenda de amistad
que á Cartajena marchase
con mi hijo, porque hallase
allí más seguridad...
Mas ¿cómo mi corazon
hallar quietud con el griego
ni un instante solo, luégo

que vi su infame traicion?

FLOR. Tienes razon; mas no sé
cómo has venido á esta tierra
que es el foco de la guerra.

INGUNDA. En donde mi esposo esté
en peligro, yo he de estar;
y con vos vivir bien puedo,
pues decis que Recaredo
os há venido á anunciar
que el Rey vuestra santa casa
ordena que se respete.

FLOR. ¡Oh! sí; y eso no te inquiete,
que nadie de su umbral pasa.

INGUNDA. (Con alarma.) Mas, ¡oh! ¿no veis qué medroso
crece el rojizo fulgor?
Sí, sí; es el resplandor
de algun incendio horroroso.
(Llevándola á la ventana.)
Mirad bien; al firmamento
tras de aquella vega, sube
del humo la densa nube
arrastrada por el viento.
¿Aún no lo habeis distinguido?...
Vedlo; si el aire se inflama;
desde aquí se ve la llama.
¡Qué horror! Sevilla ha caido. (Desolada.)

FLOR. ¡Hija, suspende ese llanto.
¿Quién sabe?...

INGUNDA. (Con desconsuelo.) ¡No, madre, no!...
Sevilla al fin sucumbió
en esta noche de espanto.
¡Señor! ¡Si logró vencerle
la perfidia, que no muera!...
Señor, que una vez siquiera
pueda yo volver á verle!
(Suenan repetidos golpes á la puerta del fondo.)

FLOR. ¿Llaman? Y con qué premura...
¿Quién será? Retírate,
que luégo al punto yo iré
á consolar tu amargura.
Anda. (Llevándosela.)

INGUNDA. ¡Dios mio!

FLOR. Anda, sí,
vete al claustro á recoger; (Entra Ingunda.)
ni la tierra ha de saber
que está la princesa aquí.

ESCENA II.

FLORENTINA, á poco PRUDENCIO.

Vuelven á llamar. Llaman

FLOR. ¿Quién será? (Acercándose á la puerta.)
¿Qué se le ofrece,
hermano?
PRUD. (Fuera.) ¡Que abrais por Dios!
Soy Prudencio.
FLOR. (Abriendo asustada.) ¡Conde! ¿Vos?
PRUD. Decidme si se guarece
aquí el príncipe.
FLOR. ¿Qué pasa?
PRUD. ¡Qué pasa! ¿No veis cuál brilla
el fuego que de Sevilla
las altas torres abrasa?
Vencedor el arriano
merced á viles traidores
saciando está sus furores
en el pueblo sevillano.
Hasta el fin yo resistí
el fiero asalto con brío...

ESCENA III.

DICHOS é INGUNDA.

INGUNDA. (Volviendo apresurada.)
¡Ah! Es Prudencio... ¡Dios mío!...
PRUD. ¡Cielos! ¡la Princesa aquí!...
INGUNDA. (Ansiosa.) ¿Y mi esposo?
PRUD. ¡No lo sé!...
Aquí le buscaba yo.
INGUNDA. ¿Sevilla?...
(Como sin atreverse á concluir la frase.)

PRUD. (Con pena.) Sí, sucumbió;
pero por perfidia fué.
INGUNDA. ¡Dios mio! (Á Florentina.) ¡Ved si era cierto!...
(Á Prudencio.) Mas mi esposo, ¿dónde está?...
Dímelo, por Dios.
PRUD. Quizá
se haya puesto en salvo.
INGUNDA. (Con angustia y ansiedad.) ¿Ha muerto?...
Prudencio, no ocultes nada;
quítame la incertidumbre
de esta horrible pesadumbre
de que me ves agobiada.
¿Ha muerto?
PRUD. Comprendo bien,
señora, que á aumentar vengo
tu cuidado; mas yo tengo
incertidumbre tambien.
Por la astucia de un traidor,
á favor de un cielo oscuro,
logró nuestro fuerte muro
escalar el sitiador.
Cuando en la ciudad le vimos
cundió la alarma doquiera;
mas á rechazar la fiera
invasion nos dispusimos.
Pronto al combate tu esposo
á los nuestros alentaba
y el asalto rechazaba
en todas partes brioso.
De pronto despareció
entre las sombras perdido;
pudo ser muerto ó herido,
mas nadie caer le vió.
Con esto sin esperanza
ya los nuestros desmayaron;
cesó el luchar y empezaron
el incendio y la matanza.
Yo aún intenté resistir
con unos pocos; despues...
no sé, señora: esto es
todo cuanto sé decir.
INGUNDA. ¡Dios mio! (Desolada.)

FLOR. Quizá esté vivo,
y á tus brazos volverá.

INGUNDA. ¡Ay!... Si no ha muerto, estará
prisionero ó fugitivo.
¡Oh! ¡Qué tortura tan fiera
sufrirá su corazon!...
¡Si en su amarga situacion
yo consolarle pudiera!...

PRUD. Voy á ver si de algun modo
puedo noticias tener.

FLOR. Lograreis sólo caer
tambien en manos del godo.
Hora, aquí seguro estais;
esperemos.

PRUD. (Va á irse.) Á buscarle
vine y pretendo encontrarle
ó saber de él.

FLOR. No salgais;
ó aguardad: (En ademan de dirigirse al monasterio.)
de tosca piel
cubríos, porque ese traje
os delata.

PRUD. (Mirando á la ventana.)
Entre el ramaje
se ve un hombre.

INGUNDA. ¡Es él! ¡es él!
(Corre á la ventana y luégo á la puerta, que va á abrir.)
¡Gracias, Dios mio!

FLOR. (Apartándola y abriendo ella con cautela.)
Ten calma;
lo veremos.—Es él, sí.
(Abre la puerta y Hermenegildo al entrar ve á su esposa y queda asombrado.)

ESCENA IV.

DICHOS y HERMENEGILDO.

HERMEN. ¡Ingunda! ¿Cómo? ¿Tú aquí?

¿Tú aquí?

INGUNDA. (Cayendo en sus brazos.)
¡Esposo de mi alma! (Pausa.)

HERMEN. ¡Señor; bendigo en mis penas
de tu rigor la dulzura,
que me da en mi desventura
estos brazos por cadenas. (Pausa.)
(Á Florentina.)
¡Madre querida! ¡Prudencio! (Á él.)

FLOR. (Estrechando su mano.)
¡Hijo querido!...

PRUD. (Idem.) Señor!...
¿Qué pasó?

HERMEN. Deja al dolor
el alivio del silencio.
Pero ¿cómo, Ingunda mia,
de Cartagena has venido?

INGUNDA. Á tu lado me han traido
tu riesgo y la villanía
de tus huéspedes traidores.

HERMEN. ¿Y mi hijo?

INGUNDA. Cerca de aquí
podrás verle.

HERMEN. ¿Oculto?

INGUNDA. Sí.

HERMEN. ¡Hijo del alma!...

INGUNDA. No llores;
que Dios por él velará,
y tú vives y yo soy
feliz, que viéndote estoy
y pensé no verte ya.

PRUD. Son los instantes preciosos;
En la ciudad incendiada
su saña reconcentrada
ceban los godos furiosos;
mas luégo se cansarán
de matanza y de botin,
y por los campos al fin
á perseguirnos saldrán.
Huyamos de aquí y marchemos
á Córdoba, y en sus muros
podremos vivir seguros

y firmes resistiremos.

HERMEN. ¿Qué dices? ¿más guerra?... ¡No;
por mí más lucha no habrá?

PRUD. Pues la guerra seguirá.

HERMEN. Será sin quererlo yo.

PRUD. Mas hora, señor, te ruego
que vayamos á lugar
seguro, en donde pensar
qué hemos de hacer con sosiego
puedas.

FLOR. Aquí no habrá nada
que temer, saben los godos
que el Rey quiere que por todos
sea mi casa respetada.
Bondad no extraña en tu padre,
que contrario á mi creencia,
estima en mí y reverencia
á la hermana de tu madre.
Y asilo el templo cercano
de Oseto os dará aún mejor,
pues sus prodigios temor
infunden al arriano.
La fuga así preparar
para la noche podeis
con sigilo, ó si quereis,
de paz con el rey tratar.

PRUD. Mas si sospechan que aquí
está el príncipe, un extremo
de la soldadesca temo.

Voz. (Dentro.)
¿Por dónde fué?

SISB. (Dentro.) ¡Por allí!...

HERMEN. ¡Ahí están! (Con inquietud.)

INGUNDA. (Alarmada.) ¿Quién esas voces
pronuncia?

FLOR. (Alarmada, ap.) (Vírgen María!)

PRUD. (Corriendo á la ventana.)
¡Oh! ¿Lo veis? ¿No os lo decía?...
¡Arrianos son!

HERMEN. ¿Los conoces?

PRUD. Sí señor; es un tropel
de soldados; vos de aquí

idos, y dejadme á mí
que me basto para él.

HERMEN. Anda, Ingunda, que ahí están.
¡Pronto, pronto!...
(Llevándola al monasterio.)

INGUNDA. (Con angustia.) ¡Esposo mio...
ocúltate!

HERMEN. Yo confío
en que entrar no lograrán.

FLOR. ¡Dios nos asista!...

VOZ. (Dentro, más cercana.) ¡Á la puerta!

SISB. (Id.) ¡Al muro!... ¡aquí!

PRUD. ¡Qué osadía!

INGUNDA. ¡Dios mio!... (Dsfalleciendo.)

FLOR. (Sosteniéndola.) ¡Calma, híja mia!...

HERMEN. (Á Florentina, empujando á las dos.)
Vos tambien entrad...

INGUNDA. ¡Voy muerta!
(Entran Ingunda y Florentina.)

ESCENA V.

HERMENEGILDO y PRUDENCIO; á poco RECAREDO, SISBERTO y VARIOS SOLDADOS.—Los soldados golpean la puerta y hacen esfuerzos por abrirla.

PRUD. ¡La van á derribar! (Á Hermenegildo.)

HERMEN (Poniendo mano á la espada.)
Con nuestra espada
su audacia criminal castigaremos.

PRUD. (Sacando la espada)
¡Pasad, viles bandidos!... (La puerta cede.)

SISB. (Desde fuera.) ¡Adelante!
¡Ellos son! ¡Ellos son!.. (Va á entrar,)
(Al ir á entrar Sisberto, se oye la voz de Recaredo, que grita:)

RECAR. (Dentro.) ¡Atrás!...

HERMEN. (Va á sacar la espada.) ¡Sisberto!...
¡Miserable asesino!...

RECAR. ¡Atrás, os digo!...

SISB. (Deteniéndose, ya dentro.)
¡El príncipe!...

HERMEN. (Envainando la espada.) ¡Mi hermano!...
RECAR. (Aparece conteniendo á los soldados que entran; blande el hacha y grita:)
¡Cómo es esto?...
¿Quién osa así violar el santo asilo
de la hermana del Rey, á los decretos
soberanos faltando? ¡Atrás, villanos!
(Sisberto se pára; los soldados retroceden un poco; Recaredo cuelga el hacha al cinto y corre á abrazar á su hermano, diciendo:)
¡Hermano, hermano mio!...
HERMEN. (Abrazándole con efusion.) ¡Recaredo! (Pausa.)
RECAR. (Á Sisberto y soldados.)
¿Áun aquí osais estar?
SISB. De vuestro padre
nuestro Rey el mandato obedeciendo,
á vuestro hermano el príncipe buscaba.
RECAR. Mi padre no ha mandado que violentos
asalten sus soldados cual ladrones
este retiro, ¡miserables! presto,
fuera salid; el príncipe lo manda
con la voz y tambien con el acero.
SISB. (Ap. retirándose.)
(¡Todo lo sabrá el Rey!) (Váse con los soldados.)
HERMEN. (Á Prudencio.) Á Florentina
vé á decir lo que ocurre.
PRUD. (Yendo al monasterio.) (Grave riesgo
va á correr la princesa: en esta casa
no quedará si atiende mi deseo.) (Váse.)

ESCENA VI.

HERMENEGILDO, RECAREDO.

RECAR. ¡Oh! deja que otra vez, hermano mio,
te abrace y hable sólo el sentimiento,
donde no pueden expresar las voces
el ardiente sentir de nuestro pecho.
HERMEN. ¿Aún amas á tu hermano?...
RECAR. ¡Eso preguntas
á tu entrañable amigo Recaredo!
HERMEN. No soy tan infeliz como he temido,

que alivio tal en mi desdicha encuentro.
Mas dime, ¿fué á tus ojos rebeldía
criminal que empuñase el duro acero
en defensa de un pueblo amenazado,
de mi fe y de mi esposa?

RECAR. Bien comprendo
tus nobles intenciones, y mil veces
dado hubiera mi vida, porque el fiero
ardor de la discordia no estallase
en nuestra propia casa y nuestro reino;
mas tu fe no es la mia, y obediente
á mi padre, en la lucha era mi puesto
junto al suyo.

HERMEN. No culpo, hermano mio,
tu proceder leal.

RECAR. Tuve el deseo
ademas de evitar que la contienda
á ser llegase sanguinario duelo:
no lo pude lograr; pero he logrado
que en vez de encomendarlo todo al hierro
cual del Rey el ardor apetecía,
se esperasen los frutos del asedio.

HERMEN. ¡Oh! bien tenaz y rigoroso ha sido;
pero yo, hermano mio, te confieso
que sin esfuerzo ni vigor luchaba
desde que la llegada al campamento
supe de nuestro padre. ¡Oh! y bien pronto
en Sevilla sentimos sus efectos.
Itálica sus muros derruidos
vió levantar, y el Bétis de su lecho
fué obligado á salir.

RECAR. Así quedásteis
sin esperanza: nadie tan guerrero,
tan hábil, tan activo, tan valiente
como el Rey nuestro padre; porque el fuego
de la briosa juventud lozana
aún parece que vive en aquel pecho.

HERMEN. ¡Gozo me da el oirlo! Y dí, ¿qué piensa
y qué dice de mí?... (Breve pausa.)
¿Callas?... Comprendo
lo que ese tu silencio significa:
ni una disculpa encontrará mi intento

en su irritado corazon: sin duda
me llamará traidor, rebelde y... ¡cielos!
ambicioso tal vez...

RECAR. En esta noche,
que aún te guarda su amor mostrando en ello,
con instancias á todos preguntaba
si en la lid te habían visto. ¿Por qué medios
de Sevilla saliste? ¿En el combate
no corriste acaso ningun riesgo?

HERMEN. ¡Oh! ¡Calla, calla!... que aún de horror y
estremecidas mis entrañas siento. [espanto
¡No lo quieras saber!

RECAR. Dímelo todo,
que mias son tus penas: yo te ruego
que no me ocultes nada.

HERMEN. (Acercándosele.) Pues escucha,
escucha; mas perezca hasta el recuerdo
de lo que vas á oir, y si en tí vive
sepúltalo por siempre en el silencio.
(Pausa. Con viveza y espanto.)
En calma todo en la ciudad dormía:
yo con mi pena y mi inquietud en vela,
en las nocturnas sombras sólo oía
la monótona voz del centinela:
de pronto con asombro mis oidos
lejanas voces de terror hirieron,
y de ¡traicion!... los gritos repetidos
la alarma y el espanto difundieron.
Al peligro el valiente sevillano
con presteza lanzándose inaudita,
por las oscuras calles, hierro en mano,
en rugiente tropel se precipita;
y cuerpo á cuerpo, espada contra espada,
trabóse entónces sin igual pelea;
escena de terror, iluminada
del resplandor de la incendiaria tea.
Al combate acudí: mis espatarios
luchaban á mi lado cual leones,
y á la almena arrollados los contrarios,
despeñados rodaban á montones.
Pero al llegar con mi legion briosa
junto al muro, una voz hirió mi oido

más terrible que el trueno y espantosa,
que me dejó de horror estremecido.
Alcé los ojos y en el cielo oscuro,
al rojo resplandor de antorcha ardiente,
ví de mi padre sobre el alto muro
la formidable aparicion: rugiente
á nuevo asalto con furor llamaba,
blandiendo el hacha en derredor terrible;
y yo al ver que á mi encuentro se lanzaba,
un momento de angustia indefinible
sentí en el corazon: yerto de espanto
huyendo con pavor, casí sin vida,
á las sombras pedí su negro manto
para que allí no hubiese un parricida.

RECAR. ¡Qué horror! (Pausa.)

HERMEN. Así en la oscuridad errante
por el campo vagué, solo y perdido,
sin senda para el paso vacilante
y el triste pecho de dolor transido.
Cuando ya estuve lejos, un momento
miré hácia la ciudad y la ceñían
en vértigo, agitadas por el viento,
las llamas que sus torres destruían.
Nuevo fué mi dolor; nueva amargura
vino á agobiar mi alma, y desmayado,
sintiendo ahogarme en sin igual tortura,
contemplé lo presente y lo pasado.
Mi hijo, mi esposa, su infeliz destino,
el trono, la discordia, el vencimiento,
la guerra con su horror, en torbellino
confuso vino todo al pensamiento;
y en el terror y angustia que sentía
en medio de tanta bárbara tormenta,
aún el espectro de mi padre vía
blandiendo el hacha contra mí sangrienta.
No pude más; con hondo desconsuelo
llamé á la muerte de terror helado,
y cual si oyese mi clamor el cielo
caí sobre la tierra desplomado. (Pausa.)

RECAR. Ven y descansa en el amante pecho
de tu hermano, y alienta, hermano mio,
que aún puede repararse el daño hecho

y la dicha volver; yo te lo fio.
Si nuestro padre con furor te mira,
padre es al fin, y si mandó buscarte,
es que su inquieto corazon suspira
por saber qué es de tí, por abrazarte.
No; no lo dudes: su piedad implora
y en su nombre tu hermano te lo jura,
te volverá su gracia protectora
dejándote la régia investidura.

HERMEN. Tus palabras me dejan más tranquilo.
RECAR. ¡Oh! Sí; no huyas.
HERMEN. ¡Recaredo amado!
RECAR. (En ademan de marcharse.)
Aquí en el templo encontrarás asilo
hasta que yo otra vez vuelva á tu lado.

ESCENA VII.

DICHOS, LEOVIGILDO, SISBERTO y SOLDADOS.

LEOVIG. (Fuera, golpeando la puerta.) Llaman
¡Abrid al punto al Rey!...
HERMEN. (Retrocediendo.) ¡Cielos! mi padre!
RECAR. (¡Retírate!) (Ap. á Hermenegildo.)
(Hermenegildo entra en el monasterio.)
(Abriendo la puerta.)
¡Pasad!
LEOVIG. (Entrando, irritado. En pos vienen Sisberto y varios soldados.)
¿Dónde se guarda
ese ingrato y traidor? ¿Dónde se oculta
ese infame verdugo de su raza?
RECAR. Reporta esos enojos, padre mio,
y venga ya tras del furor la calma;
mira que si á tu hijo puedes verle,
es que en tu nombre le ofrecí tu gracia;
si no, tal vez cual único refugio
á la lid que aborrece se lanzara,
ó errante y fugitivo por la tierra
muriera de pesar en su desgracia.
(Va donde está Hermenegildo y viene con él, diciendo:)

Ven, hermano querido; nuestro padre
te recibe en su amor.

HERMEN. (Poniendo una rodilla en tierra.)
Héme á tus plantas:
tu siervo soy, señor, mi vida es tuya.

LEOVIG. (Sorprendido á Hermenegildo.)
Al verte tan sumiso, mis entrañas
paternales, de amor se han conmovido,
y mi furor con tu humildad aplacas.

HERMEN. (Levantándose)
Padre y señor; si oyeras á tu hijo,
acaso con clemencia le juzgáras,
que no es un criminal como á tus ojos
aparece sin duda: ya abrazada
la fe de esta region de que contigo
el pueblo me hizo Rey, ¿qué me quedaba
viendo que Ayon su ejército movía
contra mí?—Yo temblé: yo vacilaba
al ver que eran soldados de mi padre
los que mandaba Ayon; mas con alarma
tambien miraba en él al enemigo
de la fe de mi pueblo: y era tanta
la agitacion del reino y tal su espanto
al ver su libertad amenazada,
que aunque hubiese podido de Sevilla
salir yo, recurrieran á las armas.
Por yo abrazar la ley de los hispanos
ningun mal á los godos amagaba,
que godo soy; y de que tú á tu hijo
no hicieras guerra al fin, tuve esperanza.
¡Ay! defraudada fué; y el cielo sabe
que con tormento horrible de mi alma
ví la lucha estallar, y dado hubiera
mi sangre con placer por evitarla.

LEOVIG. (Con reprimido enojo.)
No mucho corresponden tus acciones
á tal anhelo.

HERMEN. Sí; señor, repara
que fué aún ántes de darme su creencia
mi esposa por la tuya maltratada;
repara que su muerte maquinaron
tus nobles de Toledo; y por salvarla

y salvar á mi pueblo, la defensa
me pareció un deber; que no luchaba
yo por mi trono, no.

LEOVIG. (Estallando en cólera.) ¿Por qué luchaste?
¡Miserable ambicioso, calla, calla!...
que no sé cómo pude con sosiego
oir de tus discursos la arrogancia.
¡Ingrato!... ¡desleal!... por reinar sólo,
la odiada ley de la vencida raza
abrazaste, alentando contra el godo
el genio altivo de la gente hispana.
¿Y por qué no acudiste á Toledo
ante tu padre á defender tu causa?...
¿La rebelion de Bética temías?...
Pues yo sabido hubiera dominarla:
Leovigildo no teme; vencer sabe
al romano en sus torres y murallas,
en sus anchas llanuras al ibero
y al cántabro y vascon en sus montañas;
sabe torcer los rios que le estorban,
arrasar las ciudades que le agravian,
y otras ciudades erigir que digan
á las futuras gentes sus hazañas.
¿Y osaste resistirme? ¿Y no temblaste?...
Pues no viste que aquellos que esperabas
que te ayudasen, te dejaron solo
temiendo mi furor y mi venganza?
¿Y tú no la temiste? ¿Y altanero
aún de reino hablar osas, y la audacia
llevas hasta ponerte en mi presencia
con las régias insignias? Basta, basta
ya de sufrir tal vista que me ofende:
no está aquí bien el oro y la escarlata,
(Al decir esto pone la mano en el collar de Hermenegildo, y arrancándoselo exclama:)
que un rebelde vencido y prisionero
hierro debe llevar á la garganta!
(Momento de silencio y ansiedad general. Hermenegildo contiene un impulso de ira; Recaredo se adelanta, y en tono de suplicante reconvencion, dice al Rey:)

RECAR. ¡Padre y señor!...

HERMEN. (Repriméndose. Con gran vehemencia.)
¡Oh! ¡Calla, hermano mio,
que no es mi vencedor quien me maltrata,
es mi padre... mi padre!... y hacer puede
lo que mi vencedor jamás osára!

LEOVIG. (Iracundo.)
¿Aún provocarme quieres?

HERMEN. (En actitud y tono de humilde dignidad.)
No es mi intento
ofenderte, señor; y si tal saña
tienes contra tu hijo; si á tus ojos
injustas todas sus acciones hallas,
cúmplase tu rigor; aquí me tienes;
acabe ya una vida que te agravia.

RECAR. (Al Rey.)
Considera, señor, que no es mi hermano
el que ha causado desventura tanta;
es el pueblo español que te temía,
es...

LEOVIG. (Con creciente saña.)
Sí, tienes razon; es esa raza
de rebeldes esclavos; ese astuto
prelado ardiente de la fe romana;
esa mujer funesta, que en mal hora
vino del franco á disolver mi casa;
ella la causa es de tantos daños,
ella la vil culpable.

HERMEN. (Con vehemencia y dolor.) ¡Padre, basta!
Toma mi sangre; arráncame la vida;
pero á mi amante esposa idolatrada
no la ultrajes, señor, de esa manera,
que es arrancarme sin piedad el alma!

LEOVIG. Pues ¿qué más necesito? Esa vehemencia
con que tú la defiendes, bien proclama
que esa infame mujer te ha dado hechizos
dejándote la mente trastornada...
¡Oh! juro que si á ella la tuviese,
á tí por insensato te dejara
y ella sola mi enojo sufriría!

ESCENA IX.

DICHOS é INGUNDA.

Ingunda sale resueltamente del monasterio y viene á colocarse ante Leovigildo, diciendo:

INGUNDA. ¡Rey Leovigildo, cumple tu palabra!
(Movimiento de asombro en todos.)
RECAR. ¡Cielos! (Con terror.)
LEOVIG. ¡Ella! (Con ira y asombro.)
SISB. ¡Su esposa! (Sorprendido y gozoso.)
HERMEN. (Yendo hácia Ingunda, con gran ternura y dolor.)
¡Esposa mia!
¿Qué has hecho?... ¡Oh! ¿qué has hecho?...
INGUNDA. (Gozosa.) ¿Qué he hecho? Darte
mi vida. ¡Oh! ¿Y qué ménos te daría
quien como yo te amara por salvarte?
(Volviéndose á Leovigildo, que aún no ha vuelto de su asombro.)
¡Oh! Sí, sí; ¿no es verdad?... Rey victorioso,
tu juramento es mio: tú lo ordenas:
(Volviéndose á los soldados.)
libre dejad al príncipe mi esposo:
(Presentándose ante Leovigildo.)
tu esclava soy; imponme las cadenas.
LEOVIG. ¿De dónde sales, sombra aborrecida,
mi furia á provocar?
INGUNDA. (Con dignidad, sin arrogancia.) No la provoco,
ni tampoco la temo; á tí rendida
sólo el favor de tu palabra invoco.
De mi esposo anhelaba las prisiones
compartir para hacérselas ligeras:
si cual juraste, sólo en mí las pones,
¿qué corona mejor jamás me dieras?
Sí, yo sola merezco tus enojos;
yo á tu hijo le dí la fe querida
que aborrecible haciéndole á tus ojos
puso en tu mano el hierro parricida.
Que de tu reino, de tu casa huya
de una horrenda desdicha la amenaza:

él es príncipe godo, sangre tuya,
yo una mujer funesta de otra raza:
esta mujer de tu piedad implora
que su bien con el tuyo así prefieras;
la vida que está en mí, tómala ahora,
el alma que está en él, no me la hieras.
(Se vuelve al decir esto con gran ternura á Hermenegildo, y le abraza: él la dice con gran pasion:)

HERMEN. ¡Esposa de mi vida!

LEOVIG. (Con ira y pesar.) ¡Oh! Bien veo
el influjo fatal que en tí lograba
esta mujer; en los hechizos creo
conque á tí y á tu reino os dominaba.
Mas yo su audacia domaré y su brío.
¡Guardias, prendedla!
(Los guardias se adelantan, pero les contiene Hermenegildo.)

HERMEN. (Arrebatado.)
¡Oh! (Refrenándose.) ¡Dios justiciero!
¡Quietos ahí!
(Á los soldados, con imperio, llevando la mano á la espada.)
No quieras, padre mio,
que delante de tí salga mi acero.
(Movimiento de furor en Leovigildo. Hermenegildo continúa diciendo:)
Contra tí no, jamás; nunca culpable
seré de tal accion, que me da espanto;
(Mirando alternativamente á los soldados y á Ingunda.)
pero ¡guay! del esbirro miserable
que ose tocar las orlas de su manto!

LEOVIG. ¿Aun altanero estás? ¿Aún loco vienes
retando mi furor con tu insolencia?
¡Prendedle á él! (Á los soldados.)

HERMEN. (Entregando la espada á su padre.)
Mi espada aquí la tienes.

LEOVIG. (Tomando la espada y dándosela á Sisberto.)
¡Quítate una vez de mi presencia!

INGUNDA. ¡Oh! ¡Pero esto es horrible!

HERMEN. Á un rey valiente

eso cumple, señor; sufra el culpado,
que en una mujer débil é inocente
sólo pone sus manos un menguado.
Castígame si hay falta, porque es mia;
el cuello del culpable el hacha hiera;
pero herirle en su amor, eso sería
no justicia de rey, crueldad de fiera.
(Abrazando á Ingunda.)
Ven, ángel de mi amor; tu frente pura
sea de palma y de laurel ceñida;
que diste con tu fe y con tu ternura
paz á mi corazon, á mi alma vida!
(Desprendiéndose de los brazos de Ingunda y volviéndose á los soldados, dice:)
¡Vamos!

INGUNDA. (Gritando y volviendo á abrazarle á él.)
¡Oh! (Dirigiéndose á Leovigildo.)
¡De los brazos de su esposa
no ha de arrancarle tu furor violento!...

LEOVIG. (Furioso.)
¿Resistirme tambien tu audacia osa?

INGUNDA. Resisto con tu propio juramento.

LEOVIG. ¡Basta!... ¡Soldados!... ¡Mi paciencia acaba!..
(Los soldados se adelantan á Hermenegildo y le rodean.)

INGUNDA. (Corriendo á ellos)
¡Oh! ¡No me le lleveis!...
(Sisberto la rechaza y ella se vuelve clamando:)
¡Esto es infame!...

LEOVIG. (Asiéndola.)
¡Tiembla, mujer!

INGUNDA. ¡Oh! ¡No, toma tu esclava;
pero á mi esposo, Rey perjuro, dame!
(Leovigildo sacude del brazo á Ingunda, que cae de rodillas. Recaredo permanece á la derecha, poseido de dolor. Los soldados llegan con Hermenegildo á la puerta. Cae el telon)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon severo y sombrío de palacio.—Al lado izquierdo del proscenio, una mesa con tintero y un sillon.—Al levantarse el telon cruzan la escena algunos nobles.—Es de nohe: la escena está alumbrada por lámparas de escaso resplandor.

ESCENA PRIMERA.

LEOVIGILDO y SISBERTO.

Sisberto entra por el fondo saludando á los nobles que salen.—Leovigildo viene por la izquierda con aire de disgusto, trayends un pergamino en la mano.

LEOVIG. ¿No basta ya? ¿Todavía
el pueblo el alcázar llena?

SISB. En esta noche enagena
á los godos la alegría.
Y si hoy te han visto volver
de los suevos vencedor,
¿no han de mostrarte, señor,
su lealtad y su placer?...

LEOVIG. (Sentándose y dejando sl pergamino sobre la mesa.)
Mas basta.. Que venga, dí
al príncipe Recaredo.
(Sisberto, saludando, sale.)

4

ESCENA II.

LEOVIGILDO.

Despues de un momento de pausa, en que está pensativo, dice:

¡Ah! yo alegrarme no puedo
y el pueblo goza por mí...
Razon es que esté gozoso,
que tan brillante victoria
será la más grande gloria
de mi reinado glorioso;
que llegar, ver y vencer
supe yo como el romano,
y mi imperio soberano
en Galicia establecer... (Pausa.)
(Con abatimiento.)
Mas ah!... tras tantos afanes
por lograr lo que poseo,
en ese hijo ingrato veo
el escollo de mis planes.
Él sólo va á trastornar
la empresa de mi reinado,
cuando al término anhelado
la estoy ya viendo llegar...
Cuando he levantado el trono
á la grandeza más alta...
Oh! sí, sí; ya ¿qué me falta
si tengo cuanto ambiciono,
más que proclamada ver
al trono mi descendencia?
Y ¿quién hará resistencia
á mi astucia y mi poder?...
Los que contra mí osarían
del reino arrojados fueron
y las riquezas perdieron
con que estorbarme podrían.
(Levantándose irritado.)
Y ¿un hijo sólo será
el que resista mi ley?

Soy su padre, soy su Rey,
y no he de sufrirlo ya.
Que si en el dogma romano
persiste, peligra todo;
siempre descontento el godo,
siempre en acecho el hispano
al ver esa resistencia;
y en medio de su opresion,
esperando una ocasion
para imponer su creencia
á la raza vencedora...
(Colérico.) Oh! no será, por mi vida.
Yo esa ley aborrecida
borraré por siempre ahora.
Ríndase el hijo traidor,
y verá España despues
que no en vano el godo es
el pueblo conquistador.
Mas ántes de descargar
todo mi furor airado, (Con vehemencia.)
voy en ese hijo obstinado
mis bondades á apurar; (Amenazador.)
y si en sus errores fiero
cual mi rigor resistió
osa rechazarlas...
(Asustado de la idea que tiene.)
¡Oh!...
pero ni pensarlo quiero.

ESCENA III.

LEOVIGILDO y RECAREDO.

RECAR. (Entrando por el fondo.)
Padre y señor...
LEOVIG. (Con ternura.) Hijo mio,
tu hermano en su obstinacion
sigue, sin que la prision
dome su pecho bravío;
y de sí mismo tirano,
rebelde al rigor y al ruego,
cada vez está más ciego

en la ley del pueblo hispano,
aumentando con rigores
de la prision los tormentos,
y haciendo sus sufrimientos
por su voluntad mayores.
(Muy contrariado.)
Ya no lo puedo sufrir
más tiempo.

RECAR. Que es, considera,
tu hijo.

LEOVIG. (Terrible.) Pues si no lo fuera...
Oh!... Mas ¿he de consentir,
que el poder de mi corona
se estrelle en su resistencia?

RECAR. Desterrado fué á Valencia,
preso estuvo en Tarragona;
mas la prision y el destierro,
ya te puedes convencer,
no tienen ningun poder
sobre aquel alma de hierro.

LEOVIG. (Contrariado.)
Si algo en él he de lograr
ha de ser con el amor,
sí; voy por eso el rigor
por la blandura á trocar;
y usar un medio imagino
que ha de vencer su porfía.
¿Reunido está todavía
el oficio palatino?

RECAR. Sí.

LEOVIG. Pues avisa al momento
á los nobles y prelados,
y que todos congregados
aquí vengan. (Váse Recaredo.)

ESCENA IV.

LEOVIGILDO y EL DUQUE AYON.

AYON. (Entrando por la derecha.)
¿Con qué intento
los llamas?

LEOVIG. Mi noble Ayon,
para á mi hijo vencer
le quiero el trono ofrecer.

AYON. No llego en buena ocasion
entónces... Con mi señora
la reina tu esposa, hablé
ahora del príncipe, y...

LEOVIG. (Con enojo.) ¿Qué?...
¿Qué quiere?...

AYON. Señor, ahora
no debiera...

LEOVIG. (Resuelto.) ¿Qué te dijo?

AYON. (Con timidez.)
Que siente ver á su esposo
con todos tan valeroso
y...

LEOVIG. (Con sarcasmo.)
¿Tan débil con su hijo?...
¿Verdad?... ¡Oh!... Si la prision
no humilla su cerviz dura,
¿no he de ver si con dulzura
ablando su corazon?...

AYON. Ella cree que de algun modo
vencer esa resistencia
urge, porque la impaciencia
crece ya en el pueblo godo,
y...

LEOVIG. (Con ira.) ¿Qué quiere? ¿Que su padre
le dé muerte?...

AYON. (Hipócritamente.) Oh... no sé...

LEOVIG. Ah!... duque Ayon... ¡bien se ve
que la reina no es su madre!...
Es mi hijo, y quiero traerle
á razon, rendir su fiera
voluntad; mas no que muera,
que matarle no es vencerle.
Y porque tengo esperanza
de verle por fin rendido,
en su esposa he suspendido
el rigor de mi venganza,
y hasta consiento que aquí
la reina pueda tenerla.

AYON. Dice que quiso traerla
creyendo vencerla así:
mas que si su ciego error
pensais que no dejará
ninguno, se cumpla ya
en ambos vuestro rigor.

LEOVIG. Espero á mi hijo rendir.

AYON. Y ella?

LEOVIG. (No dando importancia.) Si la resistencia
de él acaba, en su creencia
Ingunda puede seguir.
Pero ya que su prision
palacio ha venido á ser,
no quiero que pueda haber
para la fuga ocasion;
pues siendo ella la culpable
principal, si en mi hijo veo
defraudado mi deseo,
he de ser inexorable.

AYON. Mas la reina con tristeza
ve que tras de glorias tantas,
puedas poner á las plantas
del príncipe tu grandeza;
y teme que olviden todos
tus alientos soberanos,
y se crezcan los hispanos
y se disgusten los godos.

LEOVIG. (Indignado.) Ayon, que me deje ya:
á nadie temo, soy Rey,
mi voluntad es la ley,
nadie contra ella osará.
Por su implacable rigor
contra Ingunda, mandé aquí
á Hermenegildo y le dí
ocasion para su error.
Por ella siempre incitado,
en vez de intentar ganarle,
á tí te envié á quitarle
el trono que le habia dado.
Y por temor á su saña,
mas que por querer salvar
su corona, á sustentar

se decidió la campaña.
No aumente, pues, mi dolor;
y si por ella perdí
á un hijo, déjeme á mí
ganarle por el amor. (Pausa.)

AYON. Y ¿no esperas que tu intento
pueda defraudar?

LEOVIG. (Contrariado.) Oh! no:
no quiero así pensar yo.
Mi hijo se rinde al momento,
que en mí un padre cariñoso
vuelva á hallar... Si no lo hiciera!...
Oh!... Pero de esa manera
no pienses.

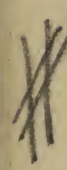
AYON. Y si orgulloso
al ver tu misma bondad
la rechazase insensato?...

LEOVIG. (Irritado.) Oh! sí, morirá el ingrato!...
(Se vuelve al fondo al sentir llegar los nobles.)

AYON. (Ap.) (No hables luégo de piedad...)

ESCENA V.

DICHOS y RECAREDO, SUNA, SEGA, ARGIMUNDO y otros nobles y prelados, SISBERTO y GUARDIAS. Estos quedan en el fondo con Sisberto.



LEOVIG. (Viendo llegar la córte á la puerta del fondo.)
Pasad, ilustres godos...
(Van entrando. Leovigildo se sienta.)
Acudiendo
con tanta prontitud cuando yo os llamo,
otra prueba me dais, que mucho estimo,
de lealtad y de afecto.

SEGA. Tus vasallos
humildes somos; manda; ¿que nos quieres?
Prontos á obedecer todos estamos.

SUNA. Por todos te habló Sega.
(Se colocan en semicírculo en el proscenio.)

LEOVIG. (Despues de un instante de silencio, sentado junto á la mesa. Á la izquierda se pone Recaredo.)
Nobles duques,

prelados fieles, condes esforzados,
tiufados y gardingos; vuestra ayuda
generosa y leal hoy os reclamo
otra vez... Los deseos de mi vida
cumplidos están ya, y en dilatado
imperio he convertido los dominios
que me entregásteis al morir mi hermano.
Ni el cansancio me rinde, ni me asusta
el peligro; mas hora conquistado
el reino de los suevos, y á la guerra
como veis preparándose los francos,
que asociados al trono estén mis hijos
es más que lo fué nunca necesario.
Hermenegildo por su antigua falta
aquí en la torre sigue encarcelado,
y quiero al perdonarle en esta noche
que un triunfo y nuestra Pascua celebramos,
saber ántes si puedo devolverle
el reino que perdió: para eso os llamo:
decid pues.

SEGA. Rey glorioso, tus deseos
son leyes que gustosos acatamos,
y nadie como tú del pueblo godo
mereció el homenaje; pero en tanto
que el príncipe tu hijo osado siga
confesando la ley del pueblo esclavo,
Rey godo ser no puede.

LEOVIG. Y yo tampoco
mi gracia le daré, si ántes dejando
la fe del español, no suscribiera
de nuestra ley la fórmula... Pascasio,
Vicente y Floro suscribieron ésta
que redactó el concilio, y confiado
estoy en que sabiendo mis bondades
y vuestra aclamacion, rendido y manso
la firmará tambien.

ARGIM. Pues que aquí venga
si así te place, oh Rey, y confesando
nuestra fe en esta noche, aumente el gozo
del festin de la Pascua: así en palacio
quedará, y al venir el nuevo dia,
al pueblo como Rey será mostrado.

SUNA. ¡Sí!

SEGA. Sí! Que venga el príncipe.

LEOVIG. (Á Sisberto, ansioso y con gozo.) Al momento
conducidle hasta aquí.
(Salen algunss soldados.)

RECAR. (Ap. apurado.) (Me causa espanto
lo que va á suceder.)

AYON. (Ap.) (Si no reniega,
¿le querrá sentenciar?...)

LEOVIG. Fieles vasallos
y amantes os mostrais; vuestro monarca
en ninguna ocasion ha de olvidarlo.

SUNA. Nuestro deber cumplimos.

RECAR. Permitidme...
padre y señor, magnates y prelados,
(Á ellos.)
¿á qué quereis que Hermenegildo venga
si no sabeis su voluntad? ¿Acaso
seguridad teneis de que reniegue?
Pues ¿no fuera mejor que ya contando
con vuestra aclamacion, el Rey mi padre
con él lo concertara?

LEOVIG. (Muy contrariado.) Así llamado,
osará ménos la bondad de un padre
y de los nobles rechazar ingrato.
No, no puedo pensar que una corona
desprecie por su ley; (Levantándose.)
pero me aparto
de aquí, porque sufrirle no podría
que ante la córte toda y en palacio
se atreviese á ultrajar nuestra creencia.
Tan grande, tan odioso desacato
un terrible castigo mereciera
y me asusta la idea de dictarlo.
Habladle, pues, vosotros; que conozca
la gloria que le espera si humillado
reconoce su error... (Con amor, yéndose.)
Mas que es mi hijo
no olvideis, y pensad que inquieto aguardo
que me lleveis la nueva de que humilde
recibe mi bondad... Si no, á mi lado
á juzgarle venid. (Váse.)

RECAR. (Ap.) (¿Qué hacer ahora?...
Voy de mi padre á preparar el ánimo
á la clemencia; porque estoy bien cierto
de que rendir no logran á mi hermano.
Oh!... mas él llega ya... ¡Dios poderoso,
ayúdame!...) (Váse.)

ESCENA VI.

DICHOS y HERMENEGILDO.

Viene, y en pos de los soldados que se quedan fuera de la escena.—Hermenegildo se adelanta sereno, pero humilde, hácia los nobles, que le contemplan con ansiedad y temor (1).

HERMEN. (Deteniéndose ante los nobles, que han enmudecido. Sin arrogancia.)
Decidme: ¿á qué llamado
de la prision he sido? Si severo
mi padre aquí me ordena presentarme,
quiero á mi padre ver; pero no quiero
más jueces que mi Rey para juzgarme.
SUNA. Á juzgarte no vamos.
AYON. Aclamado
tu padre vencedor en este dia,
no quiere que esté un hijo encarcelado
cuando todo en el reino es alegría.
Asociarte otra vez al trono intenta,
y la nobleza accederá á su ruego,
si volviendo á tu ley, lavas la afrenta
que echaste sobre tí, tomando ciego
la fe del pueblo esclavo.
HERMEN. (Con calma.) Esa mancilla
llevará Hermenegildo siempre ufano:
ni por volver al solio de Sevilla,
ni por ser de la tierra soberano,
he de dejar la fe por que padece

---

(1) En esta escena y las siguientes cuide mucho el actor de que Hermenegildo no pierda en sus arranques la indignacion ó sentimiento, la augusta y serena austeridad del santo.

todo mi pueblo fiel.
AYON. (Irritado.) ¿Tu pueblo llamas
á la grey de los siervos? No merece
piedad esa arrogancia con que infamas
de tu estirpe el honor.
SEGA. ¿Cómo atrevido
reniegas de tu raza de ese modo
haciéndote español?
HERMEN. Godo he nacido
y amando al español cumplo cual godo.
Vosotros sois los que guardando errores
que á nuestros padres dió la inícua traza
de un astuto oriental, sois ya traidores
al destino inmortal de nuestra raza!
SEGA. ¿Y hablas de nuestros padres? Invasores
arrollando mil pueblos sometidos
vinieron á imperar y á ser señores,
no á recibir la ley de los vencidos.
HERMEN. Mas ¿qué los trajo aquí? ¿De dó venían?...
Compuesto aterrador de fiera y hombre
por salvajes desiertos discurrían
sin Dios, sin ley, sin príncipe, sin nombre.
Así bajaron desde el Norte umbrío
yermos cruzando de perpétuo hielo,
del hambre atormentados y del frío
ministros de la cólera del cielo.
Iban en su fiereza sin segundo
á renovar la tierra envejecida,
á borrar un imperio, todo un mundo,
y á recibir la luz y á tener vida.
Fieles á su mandato, por Oriente
cual incendio voraz se derramaron,
y campos y ciudades juntamente
por el hierro y el fuego devastaron.
Pannonia pereció; Grecia aterrada
los vió pasar: á Italia vencedores
siguieron, y la Roma coronada
sucumbió de Alarico á los furores.
Así pagaba el espantoso ultraje
que á la fe de mi Dios hizo inclemente,
y á ese Dios rindió el godo vasallaje
doblando ante sus mártires la frente.

Pero ni allí paró; que al pueblo hispano
siguió anhelante tras victoria tanta,
y al vándalo venciendo y al alano,
en el suelo español fijó la planta.
Luz y patria aquí estaban: vencedora
del destino la ley, la luz ya veo,
lo que el hispano cree por eso creo,
por eso adoro lo que España adora.
Y si con ello vuestro enojo enciendo
y mi sangre quereis, pronto vertida
el pueblo godo mírela, y muriendo
le mostraré el camino de la vida.
(Movimiento y rumores en los nobles.)

AYON. ¡Qué ceguedad!

SUNA. Su falsa ciencia odiosa
bien te infundió Leandro.

HERMEN. Luz ha sido
para ahuyentar la noche tenebrosa
en que vivió mi espíritu sumido.

SEGA. ¿Ni temes irritar á la nobleza
y enojar á tu padre?

HERMEN. (Ap. y con pena.) (¡Padre mio!)
De vuestro Rey conozco la grandeza
y hará lo que hago yo:
(Movimiento en los nobles.)
sí, yo confío
de su alma en el vuelo soberano,
y en su noble altivez; que es el primero
que con manto y corona de romano,
convierte en Rey el bárbaro guerrero.
Él, que sabe ser grande, del glorioso
Clodovéo el ejemplo repitiera,
si sólo con su aliento poderoso
en tan menguada córte no se viera.
(Movimiento en los cortesanos.)

AYON. ¡Insolente!

SUNA. ¡Qué ultraje!

HERMEN. Sí; menguada;
que no teneis más grandes ambiciones
que oprimir á una raza esclavizada,
yendo sólo á tal fin vuestras acciones.
La Reina, envenenando su denuedo

en trocar en tirano un Rey y un padre,
se emplea con ardor...
(Movimiento en los nobles.)
Decirlo puedo,
que es la esposa del Rey, mas no mi madre.
(Á Suna.) Tú, prelado ambicioso, á la corona
no prestas más ornato esclarecido,
que llevar al destierro al gran Masona
y su silla asaltar como un bandido.
Tú, Sega, tú, Argimundo, á los hispanos
por su creencia perseguís protervos,
porque en vez de un gran pueblo hacer de her-
una manada servil quereis de siervos. [manos
Y ¿qué esperais? La raza que traidora
á su destino fué, buscó la muerte;
mirad ¡oh godos! y aprended ahora
del ostrogodo y vándalo en la suerte;
si imitando su ejemplo sanguinario
á la fe del vencido moveis guerra,
no faltará un Narsés ó un Belisario
que borre vuestra raza de la tierra.
(Movimiento y rumoree de indignacion en los cortesanos.)

SEGA. Está loco.

AYON. Está loco.

SUNA. Delirante
por el error su mente tambien creo.

HERMEN. Llamadme loco, porque voy delante
y de otros horizontes la luz veo.

SUNA. ¡Oh! Bien hizo tu padre en alejarse
para no darte muerte.

AYON. El labio sella.

ARGIM. Sin duda único rey aspira á alzarse.

SEGA. ¿Qué puedes por tu fe?

HERMEN. Morir por ella.

SEGA. ¡Oh! Sí, dijísteis bien; esto es demencia:
dejadle.

ARGIM. Á ver al Rey, cual dijo, vamos.
(Van saliendo hácia la izquierda.)

SUNA. Piensa que tal vez dictas tu sentencia
con injuriar la ley que profesamos.
(Vánse todos. Queda cerrada la puerta del fondo.

ESCENA VII.

HERMENEGILDO.

Id á encender de un padre los enojos;
tal vuestro oficio es... Una mirada
de tu piedad, Señor, abra tus ojos...
(Llega á la mesa y ve el pergamino.)
¡Tienen aquí la abjuracion dictada!...
¿Qué harán?...
(Suelta el pergamino.—Momento de silencio.)

ESCENA VIII.

HERMENEGILDO é INGUNDA.

HERMEN. (Volviéndose y viendo aparecer á Ingunda por la derecha, con asombro.)
¡Ingunda! ¡Dios santo!...
INGUNDA. (Corriendo á sus brazos.)
¡Hermenegildo!...
HERMEN. (Asombrado, sin extremos de gozo.)
¿No estoy
soñando? ¿Eres tú?
INGUNDA. Yo soy,
tu Ingunda, tu esposa.
HERMEN. Cuanto
es mi placer es mi espanto;
acaso aquí á la muerte
vienes.
INGUNDA. (Con mucha ternura.) Si en mi triste suerte
con prolongada agonía
por no verte me moría,
mejor es morir por verte.
HERMEN. Pero, ¿cómo, Ingunda, dí,
llegar hasta mí has podido?
INGUNDA. La Reina aquí me ha traido
pensando vencerme así:
desde esa estancia sentí
tu venida, y con anhelo
ferviente pedía al cielo

espiando la ocasion
que diese á mi corazon
este instante de consuelo:
y si por haber llegado
á verte en peligro está
mi vida, ¿qué importa ya
si te he visto y te he abrazado?

HERMEN. Dime: ¿y nuestro hijo amado?

INGUNDA. Florentina su inocencia
protege: á mí en la vehemencia
del dolor que por tí siento
me era insufrible tormento
cada instante más de ausencia.
¡Oh! Y qué ausencia, ¡Dios mio!
en medio de atroces penas
y cargado de cadenas
en un calabozo impío,
el dueño de mi albedrío
eternas horas pasaba...
(Rompiendo en llanto.)
cada vez que lo pensaba
de dolor enloquecía,
que tus tormentos veía
y yo contigo no estaba.
¡Hermenegildo querido!
¡Mis ojos cuánto han llorado,
cuánto, cuánto he suspirado,
cuánto he rogado y gemido!...
Tú las penas has sufrido
de la prision más cruel,
mas tu esposa amante y fiel,
tu martirio y tu afliccion
sufría en el corazon
porque tú estabas en él.

HERMEN. (Conmovido.)
¡Oh! Calla; que tu ternura
en flaqueza se convierte;
no, no lamentes mi suerte,
envidia, sí, mi ventura.
¿Piensas que en la cárcel dura
atormentado viví?...
No, por mi Dios padecí,

y sólo mi pena ha sido
no ver á mi hijo querido
y estar ausente de tí.
Colma tú el bien que me hiciste
y corona así tu gloria,
no me quites la victoria
tú que la vida me diste:
no mires con alma triste
mi luchar y padecer;
pues que esforzada mujer
fuiste el sosten de tu esposo,
con ánimo valeroso
ven á ayudarle á vencer.
(Breve pausa.)
No llores, ángel del cielo;
con esa ternura amante,
no mates en un instante
la esperanza porque anhelo;
fuiste mi bien, mi consuelo,
y no sé verte sufrir...
(Con gran sentimiento.)
¡Ah! Yo esperé resistir
hasta el fin como resisto,
y despues de haberte visto
no voy á saber morir.

INGUNDA. (Alarmada.)
¡Oh! Pero ¿qué? ¿Á morir vas?...

HERMEN. ¿Por qué lo piensas? ¡Oh! No,
no temas.

INGUNDA. Lo has dicho.

HERMEN. ¿Yo?
(Ap.) (¿Habló imprudente quizás
mi labio?)

INGUNDA. Confuso estás,
y aunque el riesgo ocultar quieras,
lo estoy viendo. ¡Oh Dios! ¿Tan fieras
han de ser de un padre impío
las iras? Esposo mio,
no, yo no quiero que mueras. (Ansiosa.)
¿Qué intenta el Rey?

HERMEN. No lo sé.

INGUNDA. ¿Que te ha dicho?

HERMEN. El Rey conmigo
no habló.

INGUNDA. ¿Apurar tu castigo
quiere? Dime; ¿para qué
te han llamado? ¡Oh! Yo iré
á ver á tus opresores:
yo ablandaré sus rigores.

HERMEN. Jamás ni pensarlo quieras:
sólo con verte encendieras
más contra tí sus furores.

INGUNDA. (Desolada.) ¡Ah! ¡Miserable mujer!...
Para templar tu agonía
nada puedo.

HERMEN. ¡Ingunda mia!
No llores; no puedo ver
tu llanto.

INGUNDA. ¡Oh Dios! ¿No ha de haber
algo que te salve?... Sí:
el Rey, porque mira en tí
un príncipe, de este modo
te trata: renuncia á todo
y podrás salvarte así.
Te quiere al trono elevar
pues tus hermosos cabellos
te deja; quizá sin ellos
libertad te quieran dar
viendo que no has de aspirar
al cetro. (1)

HERMEN. ¡Flacas mujeres!...
No te conozco; no eres
cual fuiste.

INGUNDA. ¡Si no te amara
tanto!...

HERMEN. ¿Crees que me salvara
aún haciendo lo que quieres?

INGUNDA. ¿Entónces de salvacion
no habrá ya medio ninguno?

---

(1) La depilacion y decalvacion eran penas infamantes entre os godos, é incapacitaban para los cargos públicos.

HERMEN. Le hay, sí.
INGUNDA. (Ansiosa.) ¿Es verdad?
HERMEN. Hay uno.
INGUNDA. ¡Oh! ¿Cuál es? ¡Por compasion
dilo, y sal de la prision!
HERMEN. (Mostrándola el pergamino.)
Si aquí firmase, saldría
al punto.
INGUNDA. (Leyendo indignada.)
¡La apostasía!...
¡Ántes, con fe vencedora,
muere mil veces!
HERMEN. (Abrazándola.) Ahora
te conozco, esposa mia. (Pausa.)
INGUNDA. (Despues de un momento de pausa.)
Pero no, no morirás!
¡Dios mio!... no; yo no quiero
quedarme sin tí; yo espero
que al fin salvarte podrás.
No lo dudes; ya verás
como el Rey no es tan tirano;
padre es al fin, é inhumano
no ha de ser.
HERMEN. Sí, dices bien;
cálmate, que yo tambien
estoy tranquilo.
INGUNDA. (Con inquietud, viendo aparecer á Recaredo por la izquierda.)
Tu hermano.

ESCENA IX.

DICHOS y RECAREDO.

HERMEN. (Volviéndose á él.) Recaredo...
RECAR. (Ap. con inquietud.) (¡Ingunda aquí!...)
(Á ella.) Hermana, sal al momento
de esta estancia.
INGUNDA. (Inquieta.) Oh, no! presiento
algun mal. ¿Qué pasa?... Dí...
RECAR. No venga mi padre, y...

INGUNDA. (Ansiosa.) Qué?...
RECAR. No ha de verte; (Queriendo llevársela.)
presto, presto,
sal de aquí.
INGUNDA. (Alarmada.) Pero ¿qué es esto?
¿Le sentencian?
RECAR. No lo sé.
(Á Hermenegildo.)
Padre quiere perdonarte;
yo lo conozco, lo veo;
le han infundido el deseo
los nobles de condenarte;
pero en la grande vehemencia
del enojo que le inflama,
¡es mi hijo! ¡es mi hijo! exclama
y no dicta la sentencia.
Yo sosegarle he logrado,
tú, Ingunda, vete y ten calma,
no temas. (Queriendo llevársela.)
INGUNDA. (Alarmada.) ¡Ay! en el alma
tus frases me han penetrado...
No, no me voy, yo aquí sigo
con él.
HERMEN. ¿Aquí? No. ¿Qué quieres?
INGUNDA. (Abrazándose á él.)
Que no mueras, ó si mueres
morir yo tambien contigo.
¡Viles! ¡Córte fementida!...
No le matareis... no, no...
RECAR. Oh! sí; de la suya, yo
te respondo con mi vida...
Ven... (Tomándola de la mano.)
INGUNDA. Dejadme por piedad,
No puedo de él apartarme,
no puedo!...
HERMEN. Vendrán á darme
acaso la libertad.
¿Quién sabe?
RECAR. Es noche gloriosa
de la Pascua; yo confio.
Ven, Ingunda.
(Recaredo con Hermenegildo y ah conduciendo

hácia la derecha á Ingunda, que muestra el dolor y la violencia que le cuesta separarse de su espo so.)

INGUNDA. ¡Esposo mio!
¡Qué triste, qué dolorosa
separacion!... (Vuelve á abrazarle.)
Ya jamás
te veré... ¡Qué desconsuelo!...
(Ingunda y Recaredo desaparecen.)

HERMEN. Nos veremos, sí...
(Viendo irse á su esposa por la puerta de la derecha.)
¡En el cielo!...
(Llorando.) ¡Dios mio!... ¡no puedo más!...
(Pausa.)

ESCENA X.

HERMENEGILDO.

¡Señor!... Perdona este llanto
que aquí derramar me ves.
El último abrazo es,
Señor, ¡y los amo tanto!...
No me dan miedo ni espanto
ni la muerte ni el dolor;
pero no puede, Señor,
este corazon que ha amado
dejar sin ser desgarrado
los pezados de su amor...
¡Oh! Sí; contento gocé
del supremo poderío,
y tú lo sabes, Dios mio,
sin pesar lo abandoné;
gustoso por tí troqué
mis alegrías en penas;
y en horas de dolor llenas
Rey en siervo convertido,
la cárcel mi trono ha sido
y mi cetro las cadenas.
Pero el alma que ventura
en la muerte va á buscar,

desmaya, ¡oh Dios! al dejar
las prendas de su ternura.
La causa de esta amargura
una esposa, un hijo son;
piedad ten de mi afliccion,
pues aun muriendo por tí,
me es triste dejar aquí
la mitad del corazon.
Éste, Dios mio, éste es
mi verdadero suplicio:
acepta mi sacrificio
que ofrezco humilde á tus piés.
Resignado aquí me ves
cuanto me diste ofrecerte;
Sí, dame constancia fuerte,
tú que moriste por mí,
ántes que al trono sin ti
iré contigo á la muerte.

ESCENA XI.

HERMENEGILDO, LEOVIGILDO, SUNA, SEGA, ARGIMUNDO, NOBLES y PRELADOS.

SUNA. (Á Leovigildo, mostrando á Hermenegildo.)
Allí está.
LEOVIG. (Ap.) (¡Oh! Me siento estremecido!)
HERMEN. (Volviéndose y ap.)
(¡Mi padre!) Aquí, señor, á tu hijo tienes.
¿Qué dispones de él? ¿Acaso vienes
á darle la sentencia?
LEOVIG. (Adelantándose.) Hijo querido,
mal conoces mi amor; sin con rigores
hasta aquí te traté, tu bien quería;
hora quiero que cesen tus dolores
y que á tu padre vuelvas la alegría.
Sé lo que aquí ha pasado: generosa
como yo te perdona la nobleza,
y accediendo á mi ruego bondadosa
te asocia de mi trono á la grandeza.
Vuelve en tí: á destino tan glorioso

no niegues tu querer. Sobre este pliego
tomando nuestra ley, del dogma odioso
reniega del hispano.
(Presentándole el pergamino.)

HERMEN. (Con entereza, pero humilde.) No reniego.
(Movimiento en los cortesanos.)

LEOVIG. ¡Cómo! (Furioso.)

AYON. (¿Lo veis?) (Á los nobles.)

SEGA. (¿Qué hará?)

LEOVIG. (Irritado.) ¿Con ansias locas
rechazando mi gracia y mi clemencia
insensato, mi cólera provocas?
Reniega...

HERMEN. No reniego: mi existencia,
mi sangre tuya es; puedes mandarme
que te la dé, señor, y la daría;
mas pedirme no quieras ni quitarme
la libertad del alma, que esa es mia.

LEOVIG. ¿Conque ciego en tu error dejas un trono
por seguir en el mal?

HERMEN. Así te muestro
que no fué la ambicion, pues no ambiciono
lo que ántes me movió!

SEGA. (Al Rey.) Monarca nuestro,
ya lo ves, ser no puede.

LEOVIG. ¡Hijo insensato!...
Para tu ingratitud todo castigo
es pequeño.

HERMEN. Señor, no soy ingrato,
porque la voz de mi conciencia sigo.

LEOVIG. (Furioso.)
¡Oh! ¡Yo te venceré!...

AYON. ¡Cuánta insolencia!...

LEOVIG. (Señalando al foro, terrible.)
¡Todos salid; con él dejadme ahora!...

SECA. (¿Qué irá á hacer?)

SUNA. (Hoy se firma la sentencia.)

AYON. (Ap.) (Á la Reina hablaré.) (Salen todos.)

ESCENA XII.

HERMENEGILDO y LEOVIGILDO.

LEOVIG. (Furioso.) Llegó la hora
de la ira y del rigor: ya mis mercedes
no más, no más rechazarás osado;
seguir rebelde en tus errores puedes,
mas yo puedo tambien vengarme airado.
¡Abjura!
(Tomando el pergamino y mostrándosele.)

HERMEN. (Sereno.) Ni el halago ni el tormento
quebrantarán, señor, mi pecho fuerte.

LEOVIG. ¡Hola!... ¡guardias!... ¡aquí!...
(Se presentan varios soldados)
Pronto, al momento,
á la princesa Ingunda dad la muerte.
(Los soldados se adelantan á la derecha; Hermenegildo los contiene.)

HERMEN. ¡Oh! ¡Ella no!... ¿Qué mandas, inhumano?
¡Para ella piedad!...

LEOVIG. Tú no la tienes.

HERMEN. No, no es posible que cruel tirano
por ajenas acciones la condenes.

LEOVIG. Reniega del error que te ha infundido
y así la salvarás.
(Señala la puerta de la derecha.)

HERMEN. (Viendo adelantarse á los soldados.)
¡Oh! ¡Qué espantoso
momento!... ¿Qué he de hacer?... ¡Dios po-
(Con angustia.) [deroso!
Un instante, un instante más te pido.

LEOVIG. Le tendrás, sí: soldados, hasta tanto
que nueva órden no os dé, á la princesa
la muerte no dareis.
(Entran los soldados por la derecha.)

HERMEN. (Ap.) (¡Gracias, Dios santo!)
Aún hay piedad en tí: oh, padre, cesa
en tu injusta crueldad: mi esposa amante
no es culpable, señor.

LEOVIG. Para que ruegues
por ella en vano, no te dí este instante;
sí para que la salves y reniegues.
Toma. (Le ofrece el pergamino.)

HERMEN. ¡Dios de bondad! ¿Habrá un suplicio
más grande, ni más fiera desventura?
(Arrodillándose.)
Acepta de mi vida el sacrificio
y no me des tan infernal tortura:
rasga mi corazon, tormento dame;
cual vil esclavo véndeme si quieres;
pero á ella... ¡no, no!... eso es infame
y cobarde... y... señor, tú no lo eres!

LEOVIG. Tu nombre...
(Señalando el pergamino.)

HERMEN. ¡Padre!... (Rechazándole.)

LEOVIG. (Queriendo andar.) Entónces...

HERMEN. (Deteniéndole.) ¡Oh! no!... espera.
Tú tienes otro hijo que á tu trono
puede subir. Sí, déjame que muera
ó que ignorado viva; no ambiciono
la pompa del poder; déjame, oh, padre;
dale á mi hermano el trono, á mí el olvido
ó la muerte; sí, padre; te lo pido
por la dulce memoria de mi madre.

LEOVIG. Abjura, ó morirá...

HERMEN. (Levantándose.) ¡Pecho de roca!
¿Qué haré ni qué diré para moverte?...
La funesta palabra de tu boca
ántes que á Ingunda á mí me dará muerte.

LEOVIG. (Ofreciéndole el pergamino.)
¡Pronto! ¡Pronto!...

HERMEN. (Clamando al cielo.) Señor, débil no cedo,
mas por librarla del rigor impío
de un Rey sin corazon, ¿qué hacer?
(Leovigildo le ofrece el pergamino; Hermenegildo dice rechazándole:)
¡No puedo!
(Quedando anhelante.)

LEOVIG. (Se adelanta furioso gritando:)
¡Mi órden cumplid!

ESCENA XIII.

DICHOS y RECAREDO.

RECAR. (Apareciendo por la puerta de la derecha respetuoso, pero enérgico.)
No; nunca!
HERMEN. (Respirando.) ¡Hermano mio!
(Brevísima pausa.)
LEOVIG. (Muy contrariado.)
¡Cómo! ¿Tú! ¿Recaredo?...
RECAR. Así tirano
dar muerte á una mujer, señor, pretendes?
Mátame ántes á mí.
HERMEN. (Anhelante, con ternura.)
(¡Oh, amante hermano!)
LEOVIG. ¿Tú tambien me resistes y me ofendes?
¿Tú, mi esperanza, tú?...
RECAR. Librarte quiero
de un horrible baldon.
LEOVIG. (Iracundo.) Á mi mandato
no resistas altivo, porque fiero
sé castigar tambien al hijo ingrato.
RECAR. Haz de mí lo que quieras; pero debo
de tus propios furores defenderte;
te amo, soy tu hijo, tu honra llevo,
y voy por tí al combate y á la muerte.
Ordénalo y tus ínclitas legiones
conduciré otra vez á la victoria:
pídelo, y á las Galias tus pendones
llevarán el espanto de tu gloria.
Pero no quieras que por torpe miedo
tu terrible mandato no suspenda,
ni pidas á tu hijo Recaredo
que á una mujer no ampare y no defienda.
~~RECAR.~~ Herm. ¡Oh! ¡Gracias, dulce hermano de mi vida!
¡Gracias, Dios de bondad!
LEOVIG. (Furioso.) Á mí burlarme
jamás nadie logró...
(Se pasea iracundo y exclama:)
Que conducida

sea Ingunda aquí al punto: ella aplacarme
conseguirá tal vez.

RECAR. Á tu presencia
yo la traeré, señor. (Váse.)

ESCENA XIV.

LEOVIGILDO y HERMENEGILDO.

HERMEN. ¿Qué es lo que quieres?

LEOVIG. (Furioso.) Ó ella logra vencer tu resistencia,
ó con ella tambien al punto mueres.

HERMEN. ¡Cómo! ¿Pretendes que con su ternura
la fe venga á quitarme que animosa
ella guarda, señor?... ¡Eso es locura!...
Mil muertes ántes pedirá mi esposa
para ella y para mí; y... en vano fuera
que cediese.

LEOVIG. (Colérico.) ¿Me retas todavía?
¡Sisberto!
(Este apaparsce en la puerta de fondo.)
(Terrible.) Que ese ingrato al punto muera
y acabe de una vez su rebeldía.
(Pausa. Leovigildo aparta la vista de su hijo.)

HERMEN. ¡Oh! gracias!... Por mi Dios es aceptada
al fin mi sangre en holocausto pío...
Caiga sobre tu frente... derramada
cual rocío de vida, padre mio...
(Pausa. Con gran sentimiento.)
Tú, por mi amada é inocente esposa
y por mi hijo vela... De tí espero
que reciban tu gracia bondadosa,
señor, y que ellos vivan, pues yo muero.
(Pausa. Con la inspiracion y grandeza del mártir.)
¡Pronto la muerte, pronto! Ya clemente
y piadoso mi Dios mira á los godos;
fuí de mi raza yo el primer creyente,
voy á morir por la salud de todos...
(Sale sereno, sin arrogancia.)

ESCENA XV.

LEOVIGILDO.

Despues de un momento de pausa, viendo desaparecer á su hijo y cerrarse la puerta, dice:

Hasta en este momento se revela
su altivez indomable. ¡Oh! Me espanta
ese valor y su frialdad me hiela;
su fe ni ante la muerte se quebranta.
(Fiero.)
¡Oh! pues muera el rebelde y obstinado;
mi honor lo pide, mi poder, mi nombre;
de padre la flaqueza harto he mostrado;
muestre ya que soy Rey, y sé ser hombre.
(Contrariado.)
Pero si es mi hijo... Si cediera
al ver que va á morir!... ¿y si no cede? (Con amargura.)
Sega!... (Ansioso.)
(Se presenta Sega por el fondo.)
Díle á Sisberto que no hiera
á Hermenegildo y que en la torre quede
hasta que vaya yo.

SEGA. Pero...

LEOVIG. (Con gran vehemencia y dolor.)
Irritado,
para ver si lograba así vencerle,
órden de muerte al fin contra él he dado.
(Sale Sega.)

ESCENA XVI.

LEOVGILDO, INGUNDA y RECAREDO.

INGUNDA. (Por la derecha, oyendo lo que dice el Rey, gritando.)
¡Oh!

RECAR. (Desolado.)

¿Qué has hecho? ¡Mi hermano! ¡Quiero verle!
¿En dónde está?

NGUNDA. (Con gran ansiedad.)
¡Mi vida por la suya!
¡Sálvale por piedad!...

RE AR. Por él te pido,
piedad... ¡padre!... ¡No viertas sangre tuya!

LEOVIG. ¡No morirá!...
(Se dirigen todos al fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y SISBERTO.

SISB. (Apareciendo por el fondo.)
Señor; está cumplido
de tu rigor el fallo soberano.

INGUNDA. (Cayendo en tierra y gritando con espanto.)
¡Oh!

RECAR. (Clamando amargamente.)
¡Padre! ¡Padre!

LEOVIG. (Á Sisberto: horrorizado y amenazador.)
¡Qué! ¿Muerte le diste?...
Apártate de mí!...

SISB. (Temblando.) Tú me dijiste...

LEOVIG. Pero ¿no era mi hijo? ¡Oh!...
(Cayendo sobre el sillon.)

RECAR. ¡Hermano!... Hermano mio!... oh!... (Sollozando.)
(Con pasion.) No, no te lloro,
te envidio, mártir, y tu muerte espero.
(Arrodillándose ante el Rey con gran vehemencia y como inspirado.)
Señor, matadme; lo que quiso quiero,
al Dios que él adoraba, yo le adoro.

LEOVIG. ¡Tú tambien? (Oh!) (Aterrado.)

RECAR. Su muerte fué mi vida:
mi espíritu su sangre regenera...

LEOVIG. (Ap. con terror.)
(¿Qué he conseguido con mi accion de fiera?
¡Qué he hecho!...)

INGUNDA. (Con voz dolorida y penetrante: incorporándose un poco.)

¡Parricida!... ¡Parricida!...

(Vuelve á caer.—Leovigildo lleva las manos á la frente, que inclina agobiado por el remordimiento. —Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Próp. que corresponde

ZARZUELAS.

Arriba y abajo......................	1	Sres. Granés y Navarro..	Libro.
A orillas del cocido.....................	1	D. Rafael María Liern...	Libro.
Don José Sevillano....................	1	M. Genaro Rentero..	Libro.
El impuesto de guerra.................	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
El inválido........................	1	Navarro y Breton...	L. y M.
El maestro Fugato....................	1	Lasso de la Vega y Taboada.........	L. y M.
Fuego en guerrillas..................	1	Granés, Navarro y Nieto...........	L. y M.
Infraganti.........................	1	E. Zumel y Arche....	L. y M.
Los dos caminos....................	1	Navarro y Breton....	L. y M.
Paz conyugal......................	1	D. C. Navarro.........	Libro.
Tres tipos del año XX...............	1	D. E. Jackson Cortés...	Libro.
Dos leones........................	2	Sres. Granés, Navarro, Nieto y Breton....	L. y M.
El diamante negro	2	D. R. María Liern.....	Libro.
La clave.........................	2	M. Ferndz. Caballero	Música
María............................	2	C. Navarro.........	Libro.
Un rato en el porvenir...............	2	R. María Lieru......	Libro.
Cuento de Hadas....................	3	R. Puente y Brañas..	Libro.
La vuelta al mundo..................	3	L. Mariano de Larra,	Libro.
Las nueve de la noche...	3	Sres. G. Trigo, Bermejo, Caball.° y Casares.	L. y M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería el libro de la zarzuela en un acto, titulada: *Para una modista... un sastre*, y todas las obras del catálogo de D. José María Moles.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.